

La Ilustración Artística

Año XIV

BARCELONA 8 DE JULIO DE 1895

Núm. 706



Gran medalla conmemorativa de la terminación del canal de Kiel

LOS TRES EMPERADORES GUILLERMO I, FEDERICO III Y GUILLERMO II

Modelada por Ernesto Herter

ADVERTENCIA

Próximamente repartiremos a los suscriptores de la **Biblioteca Universal** un nuevo tomo de OBRAS ESCOGIDAS DE VENTURA DE LA VEGA, que contendrá las renombradas comedias *Llueven bofetones*, *La escuela de las coquetas*, *Bruno el tejedor*, *El tío Tararira*, *La sociedad de los trece*, *Quiero ser cómico*, *El gastrónomo sin dinero*, *Una boda improvisada*, *Amor de madre*, *La familia improvisada*, *El testamento*, *El héroe por fuerza*, *Otra casa con dos puertas* y *La mujer de un artista*.

Como muchos de los señores suscriptores que lo son desde principio de este año no poseen el tomo primero de tan notable obra que publicamos el año pasado, les invitamos, para que tengan completa la colección, a que lo adquieran por el precio de CINCO pesetas, ÚNICO PARA LOS SUSCRIPTORES DE LA **Biblioteca Universal**.

Este primer tomo comprende todas las obras poéticas de tan ilustre autor, entre las cuales se cuentan *El hombre de mundo*, *Don Fernando el de Antequera*, *La muerte de César* y *La crítica de «El sí de las niñas»*, la *Fantasia dramática para el aniversario de Lope de Vega* y la loa *La tumba salvada*.

El éxito que el libro ha tenido nos mueve a aconsejar y recomendar a nuestros suscriptores la adquisición de este primer tomo por el módico precio antes indicado, con lo cual y tomando el que próximamente repartiremos tendrán una de las obras más salientes de nuestra **Biblioteca Universal**.

A fin de poder atender debidamente a las indicaciones que se nos hagan, rogamos a nuestros suscriptores y corresponsales se sirvan hacernos los pedidos para los que deseen el expresado tomo de las obras poéticas de Ventura de la Vega.

SUMARIO

Texto. — *Exposición nacional de Bellas Artes*, por R. Balsa de la Vega. — *Semblanza. Emilio Arrieta*, por Florencio Moreno Godino. — *Consejeros espontáneos*, por A. Sánchez Pérez. — *El canal de Kiel*, por X. — *Crónica parisiense*, por Juan B. Enseñat. — *Miscelánea.* — *Un buen tío y un buen cura* (continuación), novela. — *Una mina de diamantes en Agua Suja.* — *La fiesta de las flores en el bosque de Bolonia.*

Grabados. — *Gran medalla conmemorativa de la terminación del canal de Kiel.* — *Emilio Arrieta.* — *La unión del mar del Norte y del Báltico*, relieve de E. Herter. — *Olón Baensch.* — *Paris. La taberna del «Chat-Noir»*, varios dibujos de S. Azpiazu. — *El canal de Kiel. Interior de las cámaras de las esclusas de Brunshüttel y de Holtzenau.* — *Vista de parte del canal.* — *Los puentes de Grunenthal y de Taterpfahl.* — El eminente autor dramático *Federico Soler (Serafi Pitarra).* — *Minas de Agua Suja.* — *La fiesta de las flores en el bosque de Bolonia.*

EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES

VI

Prosigamos en este trabajo de citar y comentar las obras de la Exposición; trabajo que algún día podrá servirnos para medir distancias y apreciar rumbos.

Berúete, paisajista notable y conferenciante de arte distinguidísimo, ha traído cuatro paisajes, alguno de ellos prolijamente estudiado, como el que titula y es efectivamente *Vista de Toledo*; pero me gusta más por el «motivo», por la frescura de las tonalidades y porque es más justo de color el *Paisaje del Pardo*. Ugarte, de quien me ocupé otras veces con verdadero cariño, no está este año tan afortunado como en el lienzo *Las sardineras*, que exhibió en la Exposición de 1892. Revelándose Ugarte siempre como pintor que domina las tonalidades grises y toda la gama de medias tintas de que aquéllas se componen, sin embargo, *El comedor de la caridad* no compite con ventaja con el citado lienzo *Las sardineras*. Por lo que atañe a la composición está muy acertado el artista. Saint-Aubin, pintor, periodista, crítico en sus ratos de ocio, infatigable organizador de fiestas en las cuales haya de entrar como principal elemento el arte, exhibe un lienzo de grandes dimensiones, *La buenaventura*.

Saint-Aubin antes que dibujante, que en esta parte técnica del arte no es maestro, se muestra y se ha mostrado siempre como pintor cuya paleta castiza recuerda bastante la de la buena escuela madrileña; pero la condición personal de Saint-Aubin es precisamente la de saber sentir los asuntos de carácter español, y sobre todo los madrileños. Los tipos de sus cuadros no son andaluces, ni aragoneses, ni de ninguna otra parte que de Madrid; y he aquí por qué reconociendo las buenas cualidades del lienzo *La buenaventura*, creo que se equivocó en el asunto, que no entra de lleno en su temperamento.

No recuerdo si he mencionado ya en artículos anteriores las obras que expone Garnelo y Alda (don José); por si no los hubiese mencionado, diré algo de dos de los cinco lienzos que aporta el infatigable artista. *Lectura del «Quijote»* y *Magdalena* se titulan los dos cuadros a que me refiero. El primero, compuesto con gran discreción, pintado con gran discreción, dibujado también con gran discreción, es, como puede suponerse, un cuadro discretísimo, pero que se olvida al minuto de haberlo visto. El segundo ya es otro cantar. El asunto es interesante, aunque no nuevo. Trátase de una *mujer hermosa* que se echa a los pies de su marido, pidiéndole perdón para falta grave, supongo yo. El marido, sentado en un sillón, envueltas en una manta las piernas, parece estar enfermo y haber sufrido mucho moral y físicamente, pues cualquiera al mirarle tan viejo le creería padre de la

adúltera; por detrás de un biombo un niño preciosísimo, la mejor figura sin duda alguna del cuadro, mira con infantil inconsciencia la escena. ¿Verdad que es interesante el asunto de este lienzo?

¡Ay! Pero quizá consista en la escasa educación de mi sentimiento artístico, que no me deja apreciar el valor estético que sin duda ha sabido imprimir en la escena y en cada una de las figuras el Sr. Garnelo; pero, repito, no veo drama, ni presiento el idilio final, dada la vacilación en que aparece sumido el ultrajado esposo, que otros colegas en «crítica» han presentado. Comenzando por que la fisonomía de la arrepiada, aparte de la delicadeza con que está pintada, no tiene valor alguno desde el punto de vista del estudio psicológico que en ella debió de haber realizado el artista. Aquella *casi* belleza aparece, no de rodillas, sino completamente sentada sobre la piel de tigre que alfombra la habitación; se recuesta contra el sitio donde su marido, por la crispadura de manos con que se aprieta una rodilla, más bien parece aquejado por un fuerte dolor de gota ó de reuma que no por dolorosos recuerdos de amarguras, pasadas quizás en silencio. La posición de la *Magdalena* no es, como puede advertirse, un hallazgo feliz de movimiento sentido, del movimiento que inconscientemente debe adoptar la figura en momento tan patético y que revela el estado del ánimo, la fuerza del sentimiento que la impulsa a la realización de aquel acto de humildad. Y concluyendo por la figura del marido, falta asimismo de grandeza. ¿Perdona? La duda no cabe ya. ¿No perdona? La duda tampoco puede existir; y en lugar de tentarse las rodillas, ya que no con la palabra, con el gesto, con el ademán rechazar a la *Magdalena*.

Por lo que a la parte técnica pueda referirse, como de costumbre, en este cuadro el Sr. Garnelo prueba su dominio de la paleta y del dibujo; mas siempre dentro de una manera blanda, femenina; las figuras que pinta no tienen huesos ni nervios, y la sangre la deben tener blanca. Cuestión de temperamento.

El tránsito de la Virgen, cuadro del que se hicieron elogios grandes al comenzar la actual Exposición, es, según creo, la primer obra de empeño del señor Palomo Anaya, andaluz, discípulo de Ferrándiz y de Muñoz Degrañá.

Pertenece este cuadro, así por la disposición de la escena, como por los efectos de luz, como por el asunto mismo, á época ya lejana, en que, por exigencia del motivo, la factura, la distribución de las figuras, los efectos de claroscuro, etc., obedecían á una determinada manera de composición, bastante efectista. Si queremos hacer un pequeño esfuerzo de memoria, recordaremos al punto multitud de cuadros de la índole de este del Sr. Palomo Anaya, en los cuales ocupa, como aquí la Virgen, el centro de la composición la figura principal.

Lo mismo que con la composición acontece con la distribución de la luz; obligada penumbra envuelve la escena, y el único punto iluminado es el que ocupa la figura de la Virgen.

Pero aparte de estos lunares, que para mí lo son desde el momento en que con tales medios en lugar de ir tras la realidad sencilla se va tras del efectismo, en *El tránsito de la Virgen*, ó según el catálogo *La muerte de la Virgen*, se advierte á un artista de grandes alientos, que domina la paleta y que dibuja con bastante seguridad. El color de que hace gala el Sr. Palomo Anaya es caliente, rico de tonos y entero, al revés precisamente del que distingue á Garnelo.

De Hernández Nájera hay un cuadro de costumbres muy luminoso, y hasta casi bien dibujado; pero el pícaro *casi* lo estropea un tantico. *Levantar el gallo* se titula el cuadro (ha obtenido medalla de segunda clase), y en efecto, una vendedora, joven, de las que traen volatería á los mercados de la corte, se ocupa en sacar de un gran jaulón lleno de pollos, gallinas, etc., un hermoso gallo. Como se ve, el título resulta un poquito rebuscado, y aun cuando está bien como intención, le falta otro *casi* para que como el dibujo sea verdad del todo. Por lo demás, los efectos del sol, el color, la armonía general de las tonalidades, los detalles de los jaulones, de la indumentaria, así de la figura de la vendedora como de una compradora (un poco pequeña) que examina un pavo, etcétera, etc., todo esto es muy bueno y hace honor á las condiciones de colorista de Hernández Nájera.

Otro lienzo de carácter parecido al de Palomo Anaya es el *Entierro de Cristo ó Deposition de Cristo*, según el catálogo. El autor de esta pintura de grandes dimensiones, Sr. Arenal, ha pretendido buscar un efecto de luz, que ya por lo repetido, ya porque no ha sabido resolverlo por completo, no produce el efecto que se había propuesto. Respecto á la composición recurre también al efectismo, colocando las figuras en planos graduales altos: á éstas (las figuras, ¿eh?) les ha impuesto el artista movimientos que

hacen pensar en los cuadros religiosos de los años medios del pasado siglo. El color es sombrío, mas con todo tiene cierto empaque de grandeza este cuadro.

Martínez Abades exhibe entre otros un gran lienzo que titula *Mar de fuera*, que con no ser de las obras más afortunadas de este notable pintor asturiano, tiene sin embargo trozos muy bien vistos del natural. El ambiente tempestuoso sobre todo, la tonalidad del cielo y la de las lejanías están sorprendidos con gran acierto. ¡Lástima grande que aquellas peñas y las figuras no correspondan ni por el dibujo ni por el color al resto del cuadro! Y ya que de *marinas* hablo, diré que la firmada por Antonio de la Torre, que titula *Niebla*, está pintada con gran delicadeza y finura de tintas. De Hidalgo hay un estudio de oleaje bastante aceptable.

La Perla del Albaicín, cuadro reproducido en el n.º 685 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, es una obra de Cecilio Pla, luminosa; la figura es de mucho carácter. Al lado de este lienzo, donde se ve cómo brilla el sol de Granada, sin duda por el contraste colócló el Jurado el *Cementerio*, paisaje triste, de sombríos tonos, de Urgell, el autor del celebrado lienzo *El toque de oración*. La impresión de tristeza que causa este lienzo nos persigue hasta encontrar el lienzo de Manuel Alcázar *El flauto mágico*, escena campestre que tiene mucho de idilio griego. El huerto que sirve de fondo á las figuras está muy bien pintado, y éstas, aun cuando con algunos desdibujos y de color algo duro, sin embargo son muy agradables y están bien colocadas.

Entre los cuadros que más llaman la atención en el actual certamen, cuéntase con el de Marceliano Santamaría *A la Epístola*, del cual creo haber hablado ya en otro artículo; el titulado *Las planchadoras*, y *La gloria del pueblo*, del primero es autor Ignacio Díaz y del segundo Fillol Granell. Hablaré de ellos en otra crónica; en esta debo decir algo de varios paisajes y marinas.

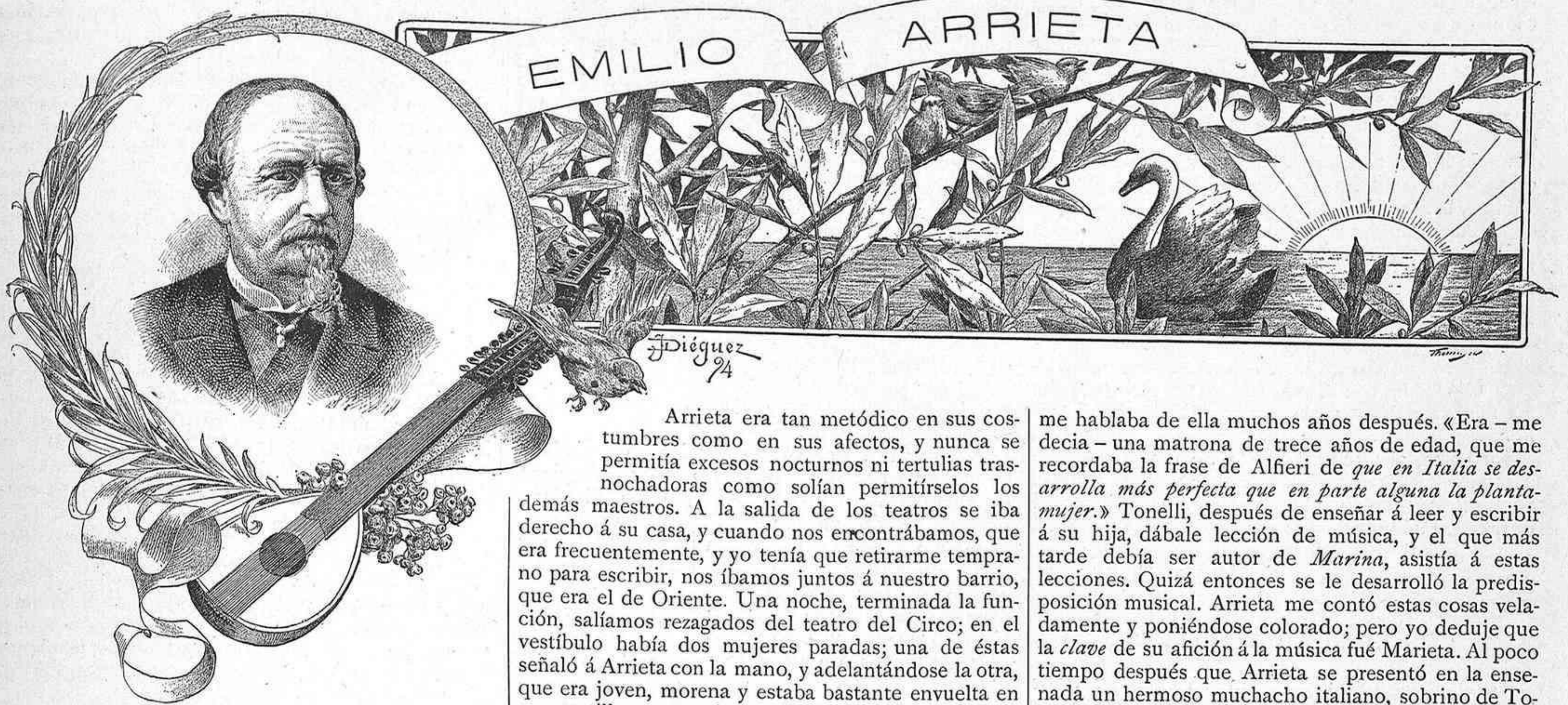
Del colaborador de este periódico, secretario de la Academia de Bellas Artes de Palma de Mallorca D. Juan O'Neill, hay dos lienzos que representan vistas panorámicas del *Valle y montes de Pollensa* y de *la llanura de Benisalem*. Ambos paisajes están dibujados con gran escrupulosidad, y la perspectiva aérea muy bien entendida; en cambio á falta de solidez en el dibujo, el autor de *Crepúsculo de otoño* muestra sus dotes de colorista.

Entre dos aguas, de Romero Jiménez, es una marina ejecutada con valentía. Lo más notable de este lienzo es el efecto de luz. Del autor de la celebrada *Marina* exhibida en la Exposición de 1890 abril, también hay un lienzo, *Naufragio*, que tiene trozos muy bellos. De Meifrén, además del cuadro *Emigrantes* cuéntanse dos marinas que yo diputo como superiores en justeza de tono y en impresión de la realidad á la citada *Emigrantes*, la mayor de las tres. El artista toledano Arredondo exhibe varios paisajes, todos dibujados y contruados con solidez grande; quizá por esto, por el empeño de no escatimar un solo detalle, resulten en conjunto algo duros y poco jugosos de color. Por otro lado, la luz de Toledo es de una tonalidad tan vigorosa que fácilmente el artista, si no tiene cuidado extremo con la gradación de los valores de los términos, cae en el escollo de la falta de relaciones perspectivas, no por carencia de ésta, sino por el acuse de los detalles.

García Rodríguez, paisajista andaluz tan conocido por el hermoso lienzo *Orillas del Guadalquivir*, premiado hace cinco años, ha expuesto dos lienzos, *Tarde de otoño* y *El molino del Obispo en Sevilla*, notables por el ambiente de frescura que en ellos se advierte.

Voy á terminar esta crónica, como todas desaliñada, simplicísimo relato de aquellas obras que como más notables tengo apuntadas, mencionando un cuadro de asunto militar y otro de género. Del primero es autor el teniente de la benemérita Víctor Morelli. El asunto es trágico: *Muerte del capitán Temprado en Castellfullit*. A pesar de los defectos de dibujo de que adolecen las figuras de este cuadro, sin embargo la impresión dramática que causa es grande. La composición es á trozos acertadísima, especialmente en aquella parte, la principal, en que se halla el héroe artillero herido, defendiéndose desesperadamente con sus soldados de los carlistas que le atacan. Del otro lienzo es autor Juan Antonio Benlliure. Titúlase *Después del baile*. Benlliure es un pintor elegante; los tipos de las mujeres que pinta son distinguidísimos, y á la legua se advierte que pertenecen á la alta clase de la sociedad. A ésta pertenece la hermosa dama que apoyada en un lujoso mueble aparece pensativa. La luz y detalles de este cuadro están muy bien entendidos y pintados.

R. Balsa de la Vega



SEMBLANZA

El nervioso, bilioso y tempestuoso Pedro Antonio de Alarcón llamaba á Arrieta «el manso Arrieta,» y cuando se excitaba, que era con frecuencia, decía de éste cosas que he recordado *in partibus* con motivo de escribir esta semblanza. «Ese maestro — decía Alarcón — me atrae como todo lo fenomenal. ¿Han visto ustedes placidez más insolente? A veces le toco para cerciorarme de que es de carne y hueso y no un autómatas musical. Sí, efectivamente es hombre, pero ¡qué hombre! ¿Qué es un hombre? Una migaja de la creación, que es picoteada á la vez por los dos picos del mal y del bien, el uno que muerde, el otro que besa: Arrieta sólo siente la caricia. Y con ésta predilección de la suerte nos insulta á todos. Las pasiones resbalan por su espíritu como la brisa sobre un lago, conmoviéndole apenas. ¿Por qué este privilegio? Dios debe ser aficionado á la música de estilo italiano. ¿Qué cosa más natural que la vanidad y la envidia? Todos hablamos mal los unos de los otros, y especialmente los maestros compositores. Ahí tienen ustedes á Barbieri, que llama murguista á Offenbach y no cree bueno más que lo que él hace. Ahí está Oudrid, que tiene una erudición piratesca para dar caza á los plagios y reminiscencias musicales; hasta el mismo Gaztambide, tan benévolo, alguna vez hinca el diente á sus compañeros. ¡Pero Arrieta! ¿Quién ha oído á Arrieta hablar mal de nadie? Le ejecutan los libretos en que toma parte, le gruñen la música que escribe, y Arrieta en vez de protestar se sonríe. ¿Hay cosa más insoportable?»

Había mucha parte de verdad en estos dicharachos de Alarcón.

El maestro Arrieta tenía aspecto de bendito y casi lo era. Su fisonomía parecía un pasaporte de bondad. Alta la frente, rodeado el correcto rostro de romántica melena, que conservó hasta la muerte; de ojos vivos y risueños, y sobre todo con una suave contracción de labios atractiva y acariciadora; su cabeza destacaba bien puesta sobre un cuerpo vigoroso y proporcionado, que hubiera sido atlético á tener en su temperamento un poco más de sangre; así y todo fué notable en ejercicios marítimos y uno de los primeros nadadores de la costa cantábrica, donde hay tantos. Ya en la declinación de su edad y enervado por la vida ciudadana, aún resistía mucho tiempo en el mar. Pasó algún verano en Santander en compañía de Adelardo Ayala y de José Selgas. Paseaban los tres por la costa: éstos no eran aficionados al mar; pero Arrieta se bañaba, ó, mejor dicho, bogaba largo trecho mar adentro. Cuando le veían en el agua, Ayala solía preguntarle:

— ¿Volverás?

Y Selgas le decía:

— Haz el favor de alargarte hasta la Habana y traernos un par de cajones de cigarros: los de Santander son muy malos.

A pesar de la placidez que Alarcón le atribuía, el manso Arrieta tuvo tres aficiones, rayanas en pasión, y una pasión afectuosamente tranquila, que acaso daba origen á estas tres aficiones: el mar, la música é Italia. Menciono ahora esta trilogía fisiológica y pronto hablaré de la pasión.

Arrieta era tan metódico en sus costumbres como en sus afectos, y nunca se permitía excesos nocturnos ni tertulias tranochedoras como solían permitírseles los demás maestros. A la salida de los teatros se iba derecho á su casa, y cuando nos encontráramos, que era frecuentemente, y yo tenía que retirarme temprano para escribir, nos íbamos juntos á nuestro barrio, que era el de Oriente. Una noche, terminada la función, salíamos rezagados del teatro del Circo; en el vestíbulo había dos mujeres paradas; una de éstas señaló á Arrieta con la mano, y adelantándose la otra, que era joven, morena y estaba bastante envuelta en su mantilla, preguntó al maestro:

— ¿Es usted D. Emilio Arrieta?

— Servidor.

— ¿No me conoce usted?

Vi que Arrieta, mirándola con atención, se puso densamente pálido, como se dice en los folletines de *La Correspondencia de España*, y me despedí de él rápidamente, diciéndole:

— ¡Adiós, maestro, hasta mañana!

Dos noches después volví á encontrarle en el mismo teatro del Circo, y le dije chanceando:

— ¿Conque nadie se salva; ni usted, maestro?

— ¿Lo dice usted por lo de la otra noche? ¿Se retira usted hoy temprano?

— Sí.

— Pues ya le contaré á usted.

En efecto, me contó una historia de su juventud. Yo le agradecí esta confidencia, pues Arrieta era muy reservado, y estoy seguro de que, exceptuando Adelardo Ayala, para quien no tenía secretos, y Selgas quizá, nadie acaso habrá sabido el siguiente episodio de la vida del maestro, que debió influir mucho en ella: en una ocasión, á los diez y seis ó diez y siete años de edad, pasó Arrieta una temporada en Liérganes, pueblo de la costa de Santander, en casa de un primo ó tío suyo, que de esto no me acuerdo bien. El futuro compositor de música no se acordaba entonces, ni remotamente, de fusas ni corcheas; pero en cambio aficionóse mucho á la natación en el mar, tanto que los viejos del pueblo le decían en broma: «Mire usted no le suceda lo que á nuestro paisano el peje Francisco de la Vega, que se olvidó de la tierra por zambullirse en el mar.» Arrieta no llegó á tal extremo, pero se pasaba en el agua el más tiempo que podía. Casi viejo, como yo le conocí, aún recordaba con fruición sus primeros chapuzones. «Sentía, y aún siento — decía — al meterme en el mar una delectación inexplicable. Pero ha de ser en el Océano; el Mediterráneo no me persuade; me parece que sus aguas no tienen consistencia para sostenerme y que voy á irme á fondo. Además, el Mediterráneo acaricia por cumplido, mientras que el Océano besa apasionadamente.» En una de sus excursiones marítimas costeras, reparó el joven nadador en una ensenadita, situada como á tres kilómetros de Liérganes, en donde había barcas en construcción ó para calafatear. Vió también una casita en la ribera, oyó una voz extensa y gutural que cantaba bastante bien, y descubrió la gentil silueta de una muchachita que vagaba por la playa. Se informó en la población y supo que un italiano llamado Tonelli ó Torelli había tomado aquella ensenada de construcción, que él era el que cantaba con no mal estilo y que la niña era hija suya. Arrieta, que se aburría grandemente, dió en ir á la ensenada, bien por mar ó por tierra, pues allí pasaba el tiempo muy distraído. Tomás Tonelli era napolitano, de la playa de la Margelina, viudo, hábil constructor y remendón de barcos, y tan realista, que cuando destronaron á Francisco II inmigró á España. Tenía carácter alegre y expansivo, sabía música *hondamente*, y como sucede á muchos italianos de ínfima clase, poseía conocimientos superiores á su posición. El futuro maestro y él simpatizaron, en lo cual, por parte del primero, debió influir también la gentil Marieta, hija del constructor de barcos. Arrieta

me hablaba de ella muchos años después. «Era — me decía — una matrona de trece años de edad, que me recordaba la frase de Alfieri de *que en Italia se desarrolla más perfecta que en parte alguna la plantamujer.*» Tonelli, después de enseñar á leer y escribir á su hija, dábale lección de música, y el que más tarde debía ser autor de *Marina*, asistía á estas lecciones. Quizá entonces se le desarrolló la predisposición musical. Arrieta me contó estas cosas veladamente y poniéndose colorado; pero yo deduje que la *clave* de su afición á la música fué Marieta. Al poco tiempo después que Arrieta se presentó en la ensenada un hermoso muchacho italiano, sobrino de Tonelli, vago de oficio; y yo deduzco también que aquél, celoso de la preferencia de Marieta por su primo, desengañado y obligado quizá á ausentarse de Liérganes, dejó sin terminar aquella aventura marítima musical amorosa.

Veinte años después, el ya afamado maestro se encontró en el vestíbulo del teatro del Circo á la niña italiana hecha una mujer. ¿Por qué causa? Por una muy sencilla. Marieta se enamoró de su primo Gaetano. A poco tiempo murió Tonelli. Como el joven era un perdido, que no servía para nada bueno, ambos amantes corrieron una tuna europea, siendo á veces saltimbanquis y á veces contrabandistas. Después de muchos años dieron con sus huesos en Sevilla; Gaetano se asoció á gentes de mal vivir, resultó complicado en una causa de asesinato y robo á un arriero de Santiponce y condenado á muchos años de presidio. Marieta vino á Madrid á gestionar indulto ó rebaja de pena, y recordándole no sé por qué motivo, se puso en contacto con el maestro Arrieta.

Bien notoria es la carrera artística de éste. La conveniencia de completar su educación le llevó á Italia, y tengo para mí que los recuerdos de su juventud influyeron no poco en la entusiasta afición que el maestro español conservó siempre hacia la patria de Rossini. Al recordar á Italia, exclamaba con una exaltación rara en él: «¡Oh, si yo tuviera allí la posición que aquí tengo: si pudiera llevarme á Adelardo, á Pepe Selgas y á los que bien quiero!» Arrieta tenía muchos amigos, pero su predilecto fué Ayala. Vivieron juntos muchos años, en comunidad de bienes. Aunque ambos ganaban bastante, hallábanse á veces apurados de dinero ó tiempo. En el primer caso solía sacarles del atolladero una valiosa cadena de oro y diamantes, regalo de la reina Isabel á Arrieta, que estuvo en varias ocasiones á la sombra del Monte de Piedad; y si el tiempo les apremiaba, alquilaban una casa en Carabanchel, y allí trabajaban á destajo lejos del bullicio cortesano. Allí escribió Ayala en tres semanas *El tejado de vidrio*, y allí hizo Arrieta la partitura de *Llamada y tropa*. Sabido es que éste indicó á García Gutiérrez el argumento de *El grumete*: ¿sería un recuerdo de la ensenada de Liérganes? Al recitar, para ponerle en música, el siguiente canto:

¡Sal de aquí, que me has herido,
Bella ilusión!
¡Yo del alma te despido
Con severa indignación!

tal vez recordase el maestro la situación psicológica que le causaron los amores de Gaetano y la hermosa Marieta.

Arrieta no tenía ningún *tic* en su vida privada: gustábase el aguardiente, y siempre en su casa le tenía exquisito; pero sólo bebía lo más dos copas después de cada comida. Cuando le apremiaba el tiempo, componía música en todas partes. Pensaba andando y aun dando lección en el Conservatorio. Llevaba siempre consigo lápiz y papel, y cuando se le ocurría, consignaba en éste la nota atrapada. Él y Ayala almorzaban tarde, pues cuando éste no era ministro se levantaba entre doce y una; pero Arrieta salía de su casa de la calle de San Quintín alrededor de las nueve de la mañana. Los porteros y los vecinos de la calle, que todos le conocían, solían pensar y decir:

«Ya va á misa el Sr. de Arrieta;» y así parecía, puesto que se entraba en la iglesia de la Encarnación por la puerta principal. Pero á poco rato salía por la que da á la calle de aquel nombre, y se dirigía á otra calle próxima y á una casa que no hay para qué mencionar. Entraba en el gabinete de una habitación decentemente alhajada, donde al lado de una mesa llena de libros, papeles y estampas, estaba una mujer de mediana edad, sentada en un sillón. Era Marieta Tonelli, la amante de Gaetano.

— ¿Pues cómo?, preguntará el lector.

Porque seis años antes, mientras ella gestionaba en Madrid en favor del sentenciado, murió éste en la cárcel á consecuencia de la rotura de un aneurisma. Ella, que le quería locamente, estuvo entre la muerte y la vida, postrada por un ataque cerebral. Restablecióse, pero quedó paralítica. Sola en el mundo, Arrieta cuidó de ella con la solicitud de un padre. Todas las mañanas iba á verla y acompañarla dos ó tres horas.

En suma, el maestro Arrieta no era tan *plácido* como le suponía Alarcón. El mal le picoteó algunas veces, sobre todo cuando vió morir á sus amigos más queridos. Fué un ruiseñor encerrado en la jaula del sentido moral.

F. MORENO GODINO

CONSEJEROS ESPONTÁNEOS

Si no temiese yo incurrir en el vicio mismo, que tan mal me parece, comenzaría estas líneas diciendo al lector: *Jamás aconsejes á quien no te pida consejo; y á quien te lo pida... no le aconsejes tampoco.* Pero voy á comenzarlas de otra manera, pues no he ser consejero espontáneo — ó *expontáneo*, como dicen algunos, aficionados sin duda á la gimnástica de garganta — ya que á censurarlo se enderezan estas cuatro palabras. (Que serán muchas más de cuatro, por supuesto.)

Lo que me han molestado en este mundo, y acaso en algún otro, aunque de eso no guardo memoria, los consejeros, no es para dicho.

Y no aludo, *cela va sans dire*, ni á los consejeros de la Corona, ni á los consejeros de Estado, ni á los de las empresas de ferrocarriles, ni á muchos otros como éstos, que aunque dan bastantes disgustos á todos, suelen no aconsejar á nadie. Me refiero á los que se perecen por dar consejos á quien ni los necesita, ni los pide, ni sabe qué hacer de ellos después de haberlos recibido.

¡Y cuánto abundan! Como abunda todo lo que desagrada y molesta.

Allí donde se te ocurre exponer un proyecto, hablar de un propósito, anunciar una determinación, allí surge, inevitablemente, seguramente, aunque haya de salir por escotillón, como las apariciones en las comedias de magia á la antigua, un consejero espontáneo que te dice, en son de cariñosa advertencia, pero con aires empalagosos de maestro: «Hombre, lo que debes hacer, es...»

Tal cosa, ó cual otra, lo que á él se le ocurre; que es casi siempre una majadería y siempre algo que ni te conviene, ni te gusta, ni viene al caso.

No digo nada, porque eso ya es *un colmo*, según la locución vulgar, de quien da consejos al que le pide dinero. Bien entendido, por de contado, que el dinero no lo da; pues si al cabo lo diese, podrían ser oídos los consejos con resignación.

Muy rara vez sucede que aquel á quien se pida dinero no aconseje algo. Como que — para mí es evidente — el deseo de aconsejar es innato en el hombre; todos somos consejeros por naturaleza. Unos lo disimulamos mejor que otros; pero, en nuestro fuero interno, sentimos todos prurito de aconsejar á nuestros semejantes. Si esto fuese un favor, que no lo es, sería el único que hiciéramos al prójimo de buena gana.

El que pide dinero á otro, se coloca respecto á él en relación evidente de inferioridad, y de esta circunstancia se aprovecha el solicitado para satisfacer el deseo veheméntísimo de dar consejos; los da efectivamente, y en algunos casos da también el dinero; pero en otros, da el consejo solo; que no hay paciencia que lo aguante. Ocasiones hay, aunque pocas, en que no da ni lo uno ni lo otro; prescinde juntamente de aconsejar y de hacer préstamos; y esto, como fácilmente se comprende, es preferible á lo otro. En ninguna circunstancia se decide á dar sólo el dinero; parecería que no había hecho el favor por completo, si con los billetes de Banco no diese al amigo menesteroso las recomendaciones consabidas: «Ten prudencia; no derroches; no malgastes; cíñete á tus ingresos para normalizar tus gastos;» todo lo cual es muy elocuente para quien no tiene ingresos á qué ceñirse.

Pero, lo repito, de los que dan limosna, más ó menos disfrazada, envuelta en consejos, no quiero ha-

blar; sobre eso ¡habría que decir tanto! Por hoy me refiero á los *consejeros gratuitos*, á los que no pueden resistir la comezón de dar consejos, y se los dan al primero que se les presenta, aunque éste ni les pida dinero, ni haya pensado en pedirselo nunca.

— Hombre, ¿por qué vive usted en piso tan alto? Eso á la larga perjudica el pulmón.

— Chico, ¿cómo te has mudado á este cuarto entresuelo? Esto es obscuro y húmedo; ya verás cómo antes de tres meses no podrás andar del reuma; y para los chicos..., ¡ah! para los chicos, esa falta de sol, de aire, de... Has de verlo pronto: se pondrán todos anémicos y cloróticos.

— ¿Que vas á San Sebastián este verano? No hagas tal disparate; aquello es muy caro. Y se está muy mal. Nada, á un puerto de mar poco concurrido; eso es lo práctico y lo conveniente.

— ¿Que llevas á tu familia á Algorta? ¡Qué desatino! Allí no se puede vivir; ni hay sociedad, ni trato; se morirán de fastidio.

— ¿Que vas á escribir un drama? Pero ¿estás loco? Si ahora no hay más que cuatro autores, á quienes las empresas acepten y tolere el público. Pierdes el tiempo... Escribe novela; por ahí va la corriente.

— ¿Que piensas publicar una novela? Trabajo inútil. Te quedarás con la edición en casa. Ahora el camino único es el teatro.

Y dan ganas á uno de gritar: «¡Por los clavos de Cristo! ¿Quieren ustedes hacerme el favor de irse á freir espárragos ó á escardar cebollinos y dejarme en paz?»

Y si logras, aunque es difícil lograrlo, librarte de tus consejeros de viva voz, no te librarás de los que te aconsejan por escrito.

Cuando menos lo pienses, en las columnas de un periódico, en las páginas de un libro, en las hojas de un almanaque tropezará tu vista con el consejo ó la máxima ó el pensamiento de un sabio; pensamiento ó máxima ó consejo que son, muchas veces, verdaderas tonterías; pero que dichas por un sabio, con todo el aparato y toda la prosopeya que su argumento requiere parecen sentencias muy profundas ó muy elevadas, según el sitio en que te coloques para verlas.

Ahora mismo estoy contemplando una máxima de no sé quién, y que es un consejo, inaceptable como todos los consejos, el siguiente: *Piensa mucho, habla poco y escribe menos.*

Perfectamente.

El sabio autor de este consejo tan hondo se mantendría, sin duda, pensando.

Aunque también podría sucederle, y esto es lo más probable, que no necesitase trabajar para vivir; pues solamente quien huelga y goza sin trabajar inventa y dice esas niñerías.

¡Hablar poco y escribir menos! Pues, señor, ¡si para comer escribiendo es preciso (y aún no basta) escribir más que escribió el Tostado!..

Si á este consejo hubiese acompañado una ley ordenando que se pagase mucho á los que escribieran poco, ya estaba resuelto el problema. Pero si no, el escritor que tal consejo siga, habrá resuelto suicidarse.

A. SÁNCHEZ PÉREZ

EL CANAL DE KIEL

Con grandes festejos, á los cuales han asistido los emperadores de Alemania, varios príncipes soberanos del imperio y representantes de todas las potencias, se ha inaugurado esa importante vía que pone en comunicación el mar del Norte con el Báltico, obra íntimamente enlazada con la unidad alemana, ya que cuantas tentativas se hicieron, antes de que ésta fuera un hecho, para realizarla resultaron infructuosas. Reflejo fiel de esto fueron las palabras pronunciadas por el emperador Guillermo I, en 3 de junio de 1887, en el momento de dar los tres martillazos con que inauguró las obras del canal: «¡En honor de la Alemania unida! ¡Para su progreso y bienestar! ¡Como testimonio de su fuerza y poderío!»

Hoy el nieto de aquel gran soberano, al ver cumplido lo que por tanto tiempo ha constituido una aspiración constante y un ferviente deseo del pueblo germánico, ha hecho votos por la paz, fuente de prosperidad de las naciones. ¡Quiera el cielo que tales votos sean sinceros y puedan lograrse, gozando al fin Europa de una era de tranquilidad completa que sustituya al malestar latente en el fondo de la actual paz armada y permita consagrar al desenvolvimiento del trabajo y del progreso los poderosos recursos y las grandes energías que las naciones consumen hoy en aprestos de fuerza con que todas se aperciben contra peligros más ó menos probables y remotos! De quinientos años atrás datan las primeras tenta-

tivas para la unión de los dos mares que bañan las costas alemanas, el del Norte y el Báltico: de escasa importancia los primeros, hanse ido sucediendo sin interrupción unos á otros los proyectos, con lo cual bien claramente se demuestra cuán necesaria se consideró en todo tiempo esta obra. En estos cinco siglos se han trazado diez y seis planos, casi todos los cuales fueron minuciosamente estudiados y algunos realizados en parte. Estos proyectados canales extendíanse por el territorio de Lubeck y Hamburgo, al Sur, hasta la actual frontera danesa alemana al Norte. El canal de Stecknitz, aun hoy en parte subsistente, fué comenzado en 1398, y sólo debía servir para barcos mercantes de muy poco calado. En 1525 se construyó el pequeño canal de Alster, que veinticinco años después fué cegado por un propietario de aquella región. Sigue luego una larga serie de proyectos no realizados, entre ellos la línea Ribe-Kolding (1539) y el proyecto Ballum-Apenrade (1639). En 1626 Wallenstein, almirante de la escuadra imperial, proyectó la unión de los dos mares desde Wismar y por el Elba, pero su proyecto no pasó adelante por haber caído en desgracia su autor. Un canal análogo intentó construir Cromwell, «protector de la república unida de Inglaterra, Escocia é Irlanda;» la muerte, empero, le impidió la realización de esta obra.

Todos estos últimos proyectos situaban el canal más ó menos lejos de la parte de la península que se encuentra directamente entre los dos mares: en cambio los proyectos Tondern-Flensburg y Husum-Eckernforde (1761), así como el canal del Eider que se terminó en 1784 y que enlazaba Rendsburg con Hohenau, se desarrollaban en la parte más estrecha de la península de Jutlandia. La línea de este último canal, que coincide con una tercera parte del recientemente inaugurado, había sido muy recomendada ya en 1571 al emperador Maximiliano II por el archiduque Adolfo de Schleswig-Holstein-Gottorp.

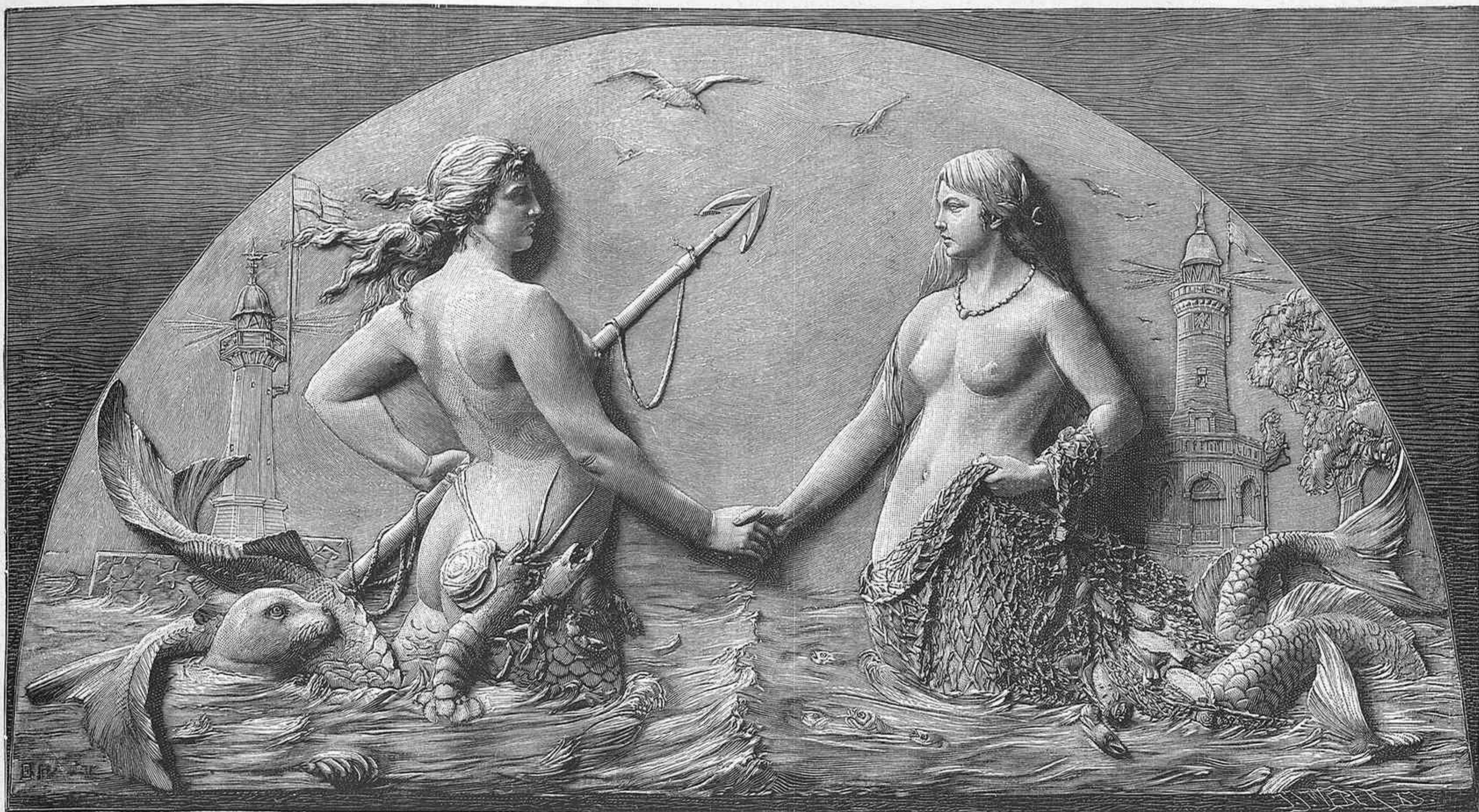
Dos siglos más tarde, en 1784, durante la dominación danesa se construyó este canal, que costó 9.044.750 marcos y cuya profundidad y anchura fueron de tres y medio y 31 metros respectivamente. La construcción de esta obra, por lo mismo que se hizo sin máquinas, llamó poderosamente la atención aun de Inglaterra, que en su propio interés quiso apropiarse, para ensancharlo, del antiguo canal de Stecknitz.

Desde mediados del presente siglo redobláronse los esfuerzos para la realización de un canal marítimo que satisficiera las necesidades mercantiles y militares de Alemania, habiéndose iniciado nueve proyectos, en algunos de los cuales intervino el gobierno prusiano, hasta que por último poco tiempo después de la guerra franco-alemana un comerciante hamburgués, el Sr. Dahlstrom, se propuso construir con capitales de particulares un canal que respondiera á las exigencias del tráfico moderno, y cuyos extremos fueran Brunsbüttel y Kiel. Este proyecto, concebido y estudiado por él y por el consejero de obras públicas el Sr. Boden, ha servido de base para el proyecto de ley para la construcción de un canal entre el mar del Norte y el Báltico que el gobierno alemán presentó al Reichstag en 1886 y que casi por unanimidad fué aprobado.

Para la construcción de este proyecto, cuyo trazado describimos minuciosamente en el número anterior, nombróse una comisión con residencia en Kiel, de la que fueron presidentes los consejeros Loewe y Fulscher, á cuyas órdenes se puso un gran número de ingenieros y altos funcionarios así como un numeroso personal técnico. La alta dirección técnica fué confiada al consejero supremo de Obras Públicas Otón Baensch, de Berlín, que desde hacía muchos años había estudiado y preparado esa obra.

Otón Baensch, cuyo retrato publicamos en la página 469, nació en 6 de junio de 1825 en Zeitz; después de cursados los primeros estudios ingresó en la Academia de Construcciones de Berlín, y á la edad de veintidós años entró en el servicio del Estado como inspector de construcciones terrestres é hidráulicas. De sus méritos como ingeniero son elocuente testimonio los magníficos puentes por él construídos sobre el Elba y el Rhin, los famosos talleres centrales de Witten, sus estudios sobre las corrientes marítimas en las costas de Rugen, y los puertos de la costa pomerania. La regulación de la corriente del Elba y la canalización del Main, merced á la cual tomó gran incremento la navegación por este río, y las obras de defensa realizadas en las costas de Schleswig-Holstein para protegerlas contra el oleaje del Báltico, son otras tantas etapas brillantes de su carrera.

Baensch hizo profundos estudios sobre el canal, cuya construcción constituye la obra más gloriosa de su vida, en una época en que ninguna personalidad importante pensaba en la realización de la misma; y cuando el gobierno alemán resolvió llevarla á cabo y puso al frente de ella al famoso ingeniero, la elección



La unión del mar del Norte y del Báltico, relieve de Ernesto Herter para la galería de los tres emperadores del faro de Holtenau

mereció unánime aplauso. En este elevado puesto demostró Baensch una vez más sus talentos técnicos, y su dirección fué escuela en donde mucho aprendieron sus colaboradores y subordinados, cuyo cariño y admiración supo conquistarse en seguida.

Conforme exige la técnica moderna, la construcción se realizó dividiendo el canal primero en cuatro y luego en cinco secciones independientes, cada una con un inspector, y empleándose las mejores y más potentes máquinas hoy conocidas. Un gran número de dragas que trabajaban en seco y en el agua y colosales excavadoras que diariamente extraían millares de metros cúbicos de tierras y piedras abrieron el lecho del canal, del cual se han extraído 80 millones de metros cúbicos. Para abrirlo ha sido preciso atravesar grandes y profundos pantanos, secar lagos y ríos, hacer saltar colosales rocas; en una palabra, vencer dificultades al parecer insuperables, construyendo máquinas especiales y ejecutando obras que no han tenido igual hasta ahora. Todo esto se realizó sobre la base de cálculos difíciles que habían de partir del estudio del movimiento de flujo y reflujo del Elba y del mar Norte y de las condiciones de desagüe del canal á fin de asegurar la navegación regular del mismo, cálculos cuya exactitud ha comprobado por completo la realidad de los hechos.

Ya se comprenderá que á pesar del empleo de medios tan poderosos, para llevar á cabo en un plazo relativamente corto una obra de tal magnitud, ha sido necesario emplear un verdadero ejército de trabajadores: en efecto, entre 6.000 y 8.000 ha oscilado el número de obreros que los contratistas han tenido ocupados en las distintas secciones del canal. Además de ellos, había 65 altos funcionarios de administración y construcción, 85 técnicos y unos 200 inspectores. Distribuidos en toda la línea de las obras funcionaban 90 locomotoras, 2.500 vagones de transporte, 70 dragas de vapor, 120 vapores remolcadores y barcos de otras clases, 60 máquinas de vapor, y gran número de grúas y de colosales aparatos para la fabricación del betón y de instalaciones eléctricas para alumbrar los trabajos de noche.

Una de las cosas que más honran á los directores del canal son las instituciones que en pro de los trabajadores han funcionado durante la construcción del canal, merced á las cuales y al cuidado que se ha

puesto en evitar todo vicio y toda agitación y al propio tiempo toda explotación por parte de los contratistas, los obreros han podido vivir bien y económicamente y hacer no despreciables ahorros.

Muchas son las obras importantes que ha exigido la construcción del canal, pero entre todas ellas sobresalen las dos esclusas de Brunsbüttel y Holtenau y los dos puentes de hierro de Levensau y Grunenthal.

En el número 699 publicamos una vista del puente de Levensau y en las páginas 472 y 473 del presente reproducimos el de Grunenthal, así como dos vistas del interior de las cámaras de las dos esclusas.

Además de estos hay tres puentes giratorios, uno de los cuales reproducimos en la página 474, que

permanecen generalmente abiertos y sólo se cierran para dar paso á los trenes que por ellos circulan.

La amplitud y altura de los puentes, los sitios en que se ha dado al canal mayor anchura para dar paso á la vez á dos buques en direcciones contrarias, la regularidad del lecho, la iluminación eléctrica, etc., hacen que la travesía de los buques por el mismo ofrezca, así de día como de noche, todas las seguridades apetecibles.

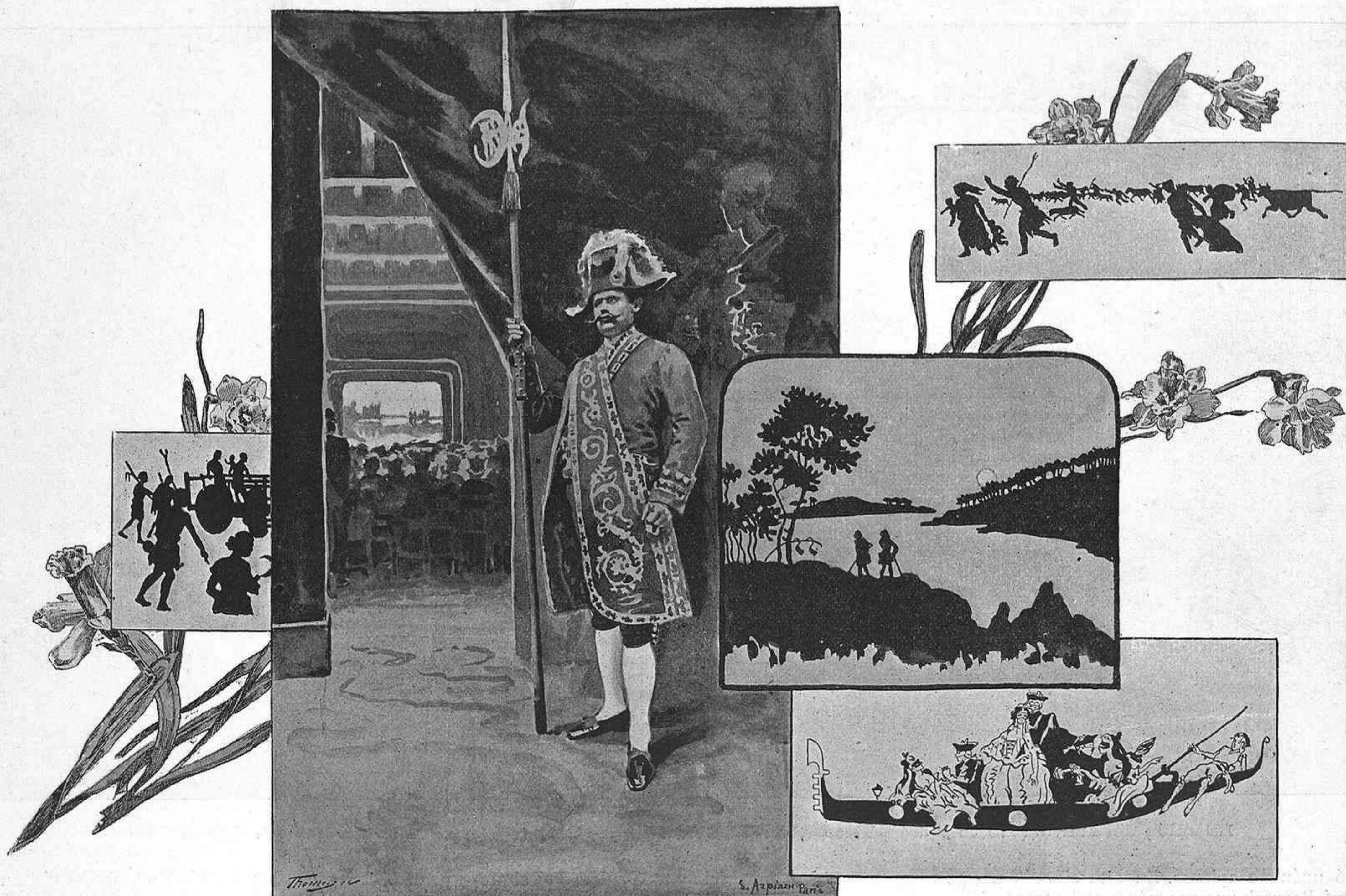
La importancia del canal de Kiel desde el punto de vista comercial queda demostrada con sólo tener en cuenta que con él se economiza tiempo y se evitan los peligros bien conocidos de todos los marinos que ofrecen las rutas ordinarias de comunicación entre los dos mares. Mayor importancia, si cabe, tiene todavía desde el punto de vista militar para el imperio alemán. En efecto, así como antiguamente la unión de dos flotas alemanas, que operasen en el mar del Norte la una y en el Báltico la otra, para proceder á una acción común contra una escuadra enemiga que amenazara las costas ó alguna ciudad marítima ó las desembocaduras de los ríos de Alemania, podía ser fácilmente impedida por una armada situada en aguas danesas, ahora, gracias al canal, esa unión puede verificarse con facilidad suma, evitándose de esta suerte que en caso de guerra pueda un cuerpo de desembarque hostilizar por la espalda al ejército de tierra, ó una escuadra bloquear alguna de las plazas costaneras.

A pesar de que el nuevo canal ha sido construído en primer término con miras estratégicas, los cálculos financieros hacen esperar que de los 45.000 buques con 14 millones de toneladas que actualmente atraviesan el grande y el pequeño Belt, 14.000 de los primeros con 10 millones de toneladas preferirán el paso del canal, pagando aproximadamente por derechos de pasaje 8.400.000 francos anuales.

Con los grabados relativos á las obras del canal publicamos en la primera página de este número una reproducción de la medalla conmemorativa con las efigies de los tres emperadores que á la construcción de esta obra han contribuído, y en esta página el relieve que se ha colocado en el faro de Holtenau y en el que se simboliza por modo bellísimo la unión de los dos mares y por ende el feliz término de una empresa que será uno de los más gloriosos hechos de la historia de la Alemania moderna. — X.



OTÓN BAENSCH, consejero de Obras Públicas de Alemania y constructor del canal de Kiel



PARÍS. - LA TABERNA DEL «CHAT-NOIR.» - A LA PUERTA DEL TEATRO. - SOMBRAS CHINESCAS, dibujo de S. Azpiazu

CRÓNICA PARISIENSE

EL CHAT-NOIR Y SU ESCUELA

He alcanzado la época ya remota (¡cómo pasan los años!) en que el barrio Latino era por excelencia el emporio de la risa que estalla en chispeantes versos y alegres canciones. Era la última transformación de la Bohemia descrita por Münger. Futuros académicos y futuros hombres de Estado se reunían todas las noches en varias tabernas famosas de las cercanías del Luxemburgo, en compañía de artistas y modelos, estudiantes y *grisetas*. Los domingos se daba tregua al canto para entregarse a la danza: en Bougival durante el verano, y el invierno en Bullier. Estaba en su apogeo el *canotage*, hoy destronado por el *ciclismo*. Aún llevaban melenas y sombrero Rembrand los hijos de las Musas; se publicaban periódicos festivos en el barrio; los electores buscaban sus candidatos para el municipio en los cafés de la *Source* y del *Picardé*, á riesgo de que resultasen inelegrables por falta de domicilio, como aconteció con mi amigo Calvinhac, hoy diputado por Toulouse.

¡Ay! Entonces la alegría era libre, franca, sincera y desordenada en la *chaumière* de Bullier y en las tabernas literarias; pero transformóse paulatinamente en manifestación pintoresca y armónica, merced al sindicato de la *Joié par les Arts*, organizado por varios grupos de jóvenes de buen humor, muchos de los cuales resultaron hombres de talento.

De esta suerte nació la sociedad de los *Hidrôpatas*, que sentó sus reales en la calle de Cujas. Mas no se crea que se compusiese de partidarios del agua como medio curativo. Su nombre estaba en abierta contradicción con las costumbres de los afiliados. Llamóse así porque á uno de éstos se le ocurrió hacer una pregunta con insistencia nada común. Emilio Goudeau, el original poeta cuyas obras de irreprochable forma y delicada ironía conoce hoy todo el mundo, era en 1878 supernumerario en el ministerio de Hacienda, cuando asistió en el concierto Besselièvre á la ejecución de un vals de Gungl, titulado *Hydropathen Waltz*. «¿Qué significa ese nombre? ¿A qué viene llamar así á un bailable?» iba preguntando á sus amigos el joven poeta meridional. Tanto preguntó, que sus camaradas le apellidaron el *Hidrôpata* y cuando éstos acordaron reunirse dos veces por semana en el café de la *Rive-Gauche*, ins-

talado en la esquina de la calle de Cujas y el Boul' Mich' (léase *Boulevard Saint-Michel*), aquella denominación se hizo extensiva á todos los miembros de la naciente sociedad, cuyo número no tardó en llegar á trescientos, bajo la presidencia de Goudeau y la administración del marqués de Puyferrat, que hacía los honores de la casa con el nombre menos aristocrático de *Puy-Puy*.

En aquella sala, demasiado estrecha para tanta gente, subía entre los resplandores del gas el humo espeso de pipas y cigarros, se decían las cosas más inverosímiles que imaginarse pueda y se recitaban bellísimas y originales composiciones en verso y prosa. La savia de aquella juventud alegre brotaba en ruidosas manifestaciones de talento, en poesía y en locura, entre las protestas de la policía y las aclamaciones de la asistencia.

Allí solía oírse la pausada voz de André Gille diciendo el *Chat botté*; los trágicos acentos de Paul Mounet recitando la *Grève des Forgerons*, que el autor François Coppé escuchó tantas veces con satisfacción profunda, y las entonaciones extrañas de Rollinat en el *Soliloquio de Troppmann*. Allí Coquelin el menor hacía desternillar de risa á todo el mundo con sus monólogos; y cada cual daba á conocer sus propias obras ó las obras ajenas, poniendo á contribución sus cualidades de autor ó intérprete, mientras que mi viejo amigo Monselet subrayaba las ocurrencias felices con su enigmática sonrisa, y mi camarada Paul Arene fumaba pipas absorbiendo *bocks*. Paul Bourget buscaba la psicología de todas aquellas cosas, que no eran más que alegría y genio espontáneos, y Charles Cros, poeta extraordinario, asombraba á los más descontentadizos con los monólogos que le dieron pronta celebridad, tales como la *Obsesión*, el *Bilboquet*, el *Hareng-Saur*, que alternaban con fragmentos de su primer tomo de poesías, el *Coffret de santal*.

Goudeau abandonaba á veces su sillón presidencial para recitar algunas de sus *Fleurs du bitume*, y Haraucourt, aún muy joven, murmuraba tímidamente bonitos versos, antes de que figurasen en el *Par-naso contemporáneo*.

Villiers de l'Isle-Adam era una especialidad para los dramas rápidos, que recitaba con mirada fija, tono mordaz y aire altivo. Sucedióle Richepin, que se daba á sí propio el epíteto de «brutalista» y recitaba con voz atronadora los versos de su *Chanson des Gueux*.

Raul Ponchon y Mauricio Bouchor, compañeros inseparables de Richepin, daban expansión á su irónica facundia. Anatolio France, delicado y sobrio; Camilo Pelletan, ya tan hirsuto como ahora; Cátulo Mendes, con su mugre de hebreo; Paul Alexis, Adolfo Froger, Carlos de Sivry, Bazire, Guy de Maupassant, Forain, Augusta Holmés, la princesa Ratazzi, Mme. Lhéritier, Sarah Bernhardt, todos los que han triunfado en el teatro y en la prensa fueron *hidrôpatas* honorarios ó efectivos, y todos contribuyeron á dar variedad é interés á las curiosísimas reuniones de la *Rive-Gauche*.

La lista es interminable, y mi memoria harto infiel para completarla. Recuerdo, sin embargo, á muchos escritores y artistas que frecuentaban más ó menos asiduamente el famoso café. Villain, Leloir, Le Bergy, Galipaux, Charles Frémine, Paul Marot, Georges Rodenbach, Jean Lorrain, Rameau, Décori, Felicien Champsaur, Edmond Deschaumes, Teodoro Massiac, Luis Tiercelin, Armand Masson, Joseph Gayda, Mac-Nab, Paul Bilhaut, Calmettes, Rufe, Jules Lévy, Jules Jouy, Jean Maureas, Laurent Tailhade, Georges d'Esparbés, Ajalbert, Marsolleau, Bastien-Lepage, Luigi-Loir, Parisel, los tres vicepresidentes Georges Lovin, Georges Moynet y Grenet-Dancourt, principales redactores del periódico *L'Hydropathe*.

Viette, futuro ministro; el Dr. Monin, Villette, Mesplés, René Gilbert, Verlaine, Henry Somm, Marcel Legay, Harry-Alis, María Kryszinska, Fragerolle, Clovis Hugues, Vacquerie, Gustave Rivet, Alfonso Alais fueron también *hidrôpatas*, aunque en las postimerías de la Sociedad.

Pero ¡ay! las instituciones humanas están sujetas, como el hombre mismo, á las leyes fatales de toda vida percedera. A principios de diciembre de 1881, Goudeau encontró en compañía de algunos *hidrôpatas* que habían emigrado á Montmartre al caballero Rodolfo Salis, quien le invitó á la inauguración de la taberna artística del *Chat-Noir*, que fundaba en el número 84 del *boulevard Rochechouart*, al lado del famosísimo baile del *Eliseo Montmartre*.

Salis, ex pintor, convertíase en tabernero á la moda de Luis XVI, y poco tiempo después reunió en torno de su predominante persona á los principales *hidrôpatas*, que no tardaron en recitar en público poesías y canciones, en tanto que el ya célebre y original tabernero expendía cerveza espumosa y discursos de un charlatanismo pasmoso.



PARÍS. — LA TABERNA DEL «CHAT-NOIR.» — DETALLES DEL EXTERIOR, dibujo de S. Azpiazu

aparecieron en las esquinas del 18.º distrito de París unos grandes carteles amarillos en que se presentaba la candidatura de Rodolfo Salis para el Consejo municipal.

Después de un elocuente preámbulo, el comité Salis exponía el siguiente programa:

- 1.º Separación de Montmartre y del Estado;
- 2.º Nombramiento de un Consejo municipal y de un alcalde de la Nueva Ciudad por los montmartrenses;
- 3.º Abolición del fielado de consumos para el distrito, y la sustitución de este impuesto odioso con otro sobre la lotería, reorganizada por la administración de rentas de Montmartre, y que permitiría al barrio cubrir sus necesidades y venir en ayuda á los diecinueve distritos mercantiles ó miserables de París;
- 4.º Protección á la alimentación pública y á los obreros nacionales.

Seguían las firmas de los individuos del comité: Willette, Poussard, Choubrac, Lefèvre, Marion, Marcel Legay, Gérauld-Richard, de Sivry, Cattelain, Randou, Coquelin *cadet*, Jules

Jouy, Alphonse Allais y Charles Leroy. Después venía la profesión de fe del candidato, que empezaba con esta frase: «Este programa será defendido con una energía feroz. — Soy de los que se mueren antes de rendirse.»

El *Chat-Noir* es generalmente considerado como la primera de las tabernas artísticas fundadas en París; pero la verdad histórica es que nació en la *Grand'Pinte*, prototipo de las hosterías montmartrenses, situada en la avenida Trudaine, frente á la calle de los Mártires y en el sitio mismo en que se encuentra hoy la taberna del *Ane Rouge*, regentado por Gabriel Salis, hermano del gran Rodolfo, señor de Chatnoirville-en-Vexin y otros lugares.

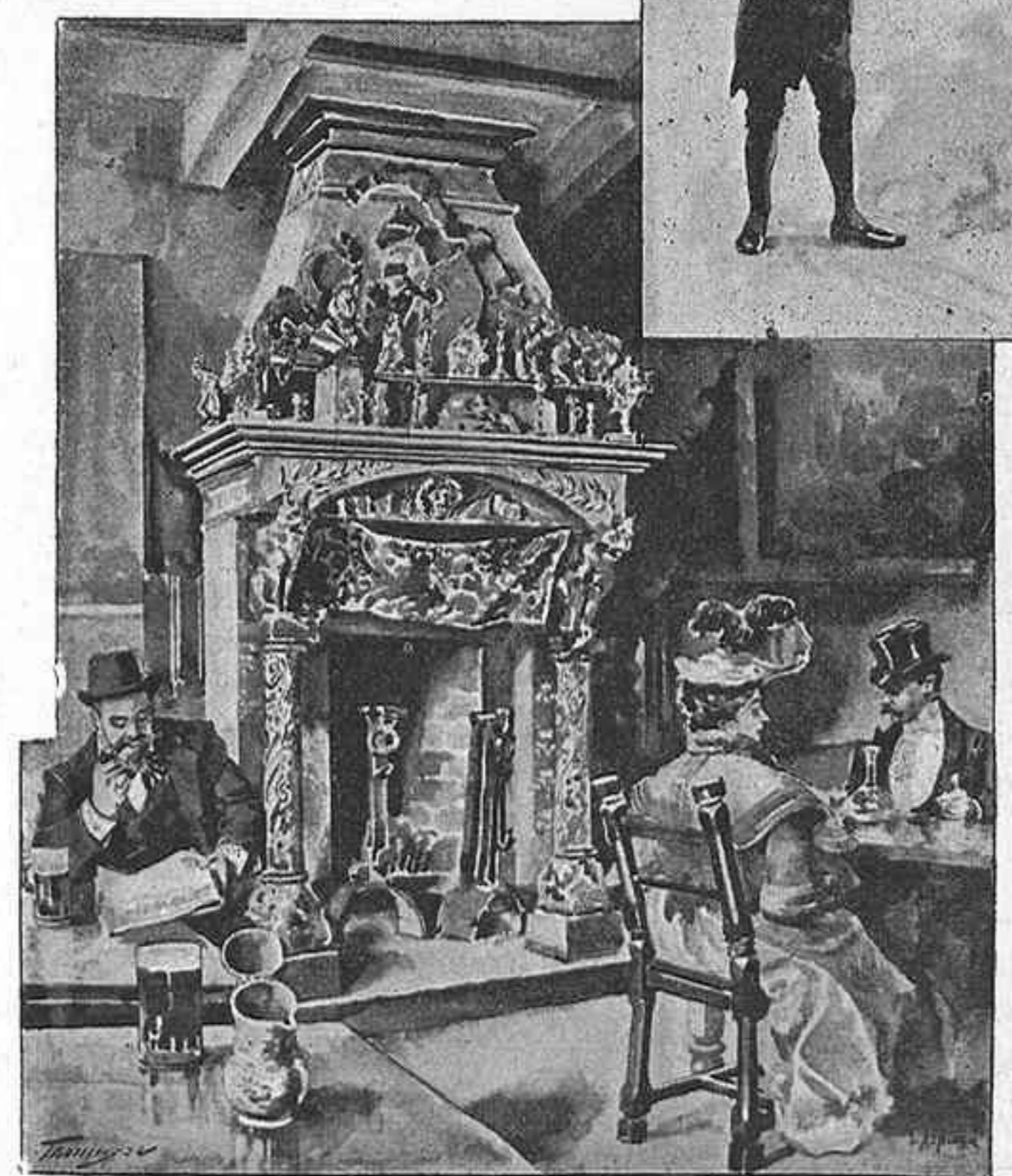
En la *Grand'Pinte* se reunían en 1880 los artistas y literatos que un año después habían de asegurar el éxito del *Chat-Noir*, cuya fe de bautismo se firmó al mismo tiempo que la partida de defunción de su predecesora.

Los *hidrópatas* de Montmartre estaban ya tácitamente con Salis, cuando Goudeau se les agregó con el grueso de la sociedad de la *Rive-Gauche*. A la hora en que cae el crepúsculo y en el momento en que se levanta la aurora se vió sucesivamente entrar ó salir de la ruidosa taberna del *boulevard Rochechouart* las sombras de Rollinat, Haraucourt, Charles Cros y su hermano Enrique, Felicien Champsaur, Fragerolle, Masson, Jules Jouy, Mac-Nab, Jean Lorrain, Charles de Sivry, Ponchon, Steinlen, Rivière, casi todos los antiguos concurrentes á la calle de Cujas. Estos no podían menos de fraternizar con los nuevos, entre los cuales figuraban Willette,

el delicado y profundo artista cuyas obras impresionaban vivamente; Leon Gandillot, entonces alumno de la Escuela Central y hoy autor dramático en boga; Caran d'Ache, que hacía el servicio militar y venía á la taberna vestido de soldado; Albert Tinchant, músico y poeta, que murió tristemente en el hospital; el escultor Engrand; Víctor Meusy, el cantor de los quesos; el pintor Paul Robert, tipo de mulato elegante, popular en el barrio; Dauphin, que firmaba *Pimpinelly*; Monprofit; Maurice Montégut; Tiret-Boguet, dibujante militar, y Uzès, dibujante satírico, que formaban, con Somm, dibujante japonés, y con Caran d'Ache, Steinlen, Forain y Rollinat una falange de dibujantes originalísimos.

En la *Grand'Pinte* se contentaban con reunirse para beber cerveza y hablar de arte, de literatura y de mujeres. Salis convocó á estos artistas y escritores para cantar, dibujar y escribir, y no tardó en combinar con la expendición de bebidas la de un periódico humorístico que llevaba la misma muestra que la taberna.

Estas cosas habían principiado con la organización de un saloncito, más elevado que la sala común, donde únicamente eran admitidos los camaradas del tabernero; todos artistas para quienes las heroicas vírgenes de Montmartre, de la Ciudad Santa, no tenían bastantes laureles. Al saloncito reservado



PARÍS. — LA TABERNA DEL «CHAT-NOIR.» — EN EL SALÓN CENTRAL, dibujo de S. Azpiazu

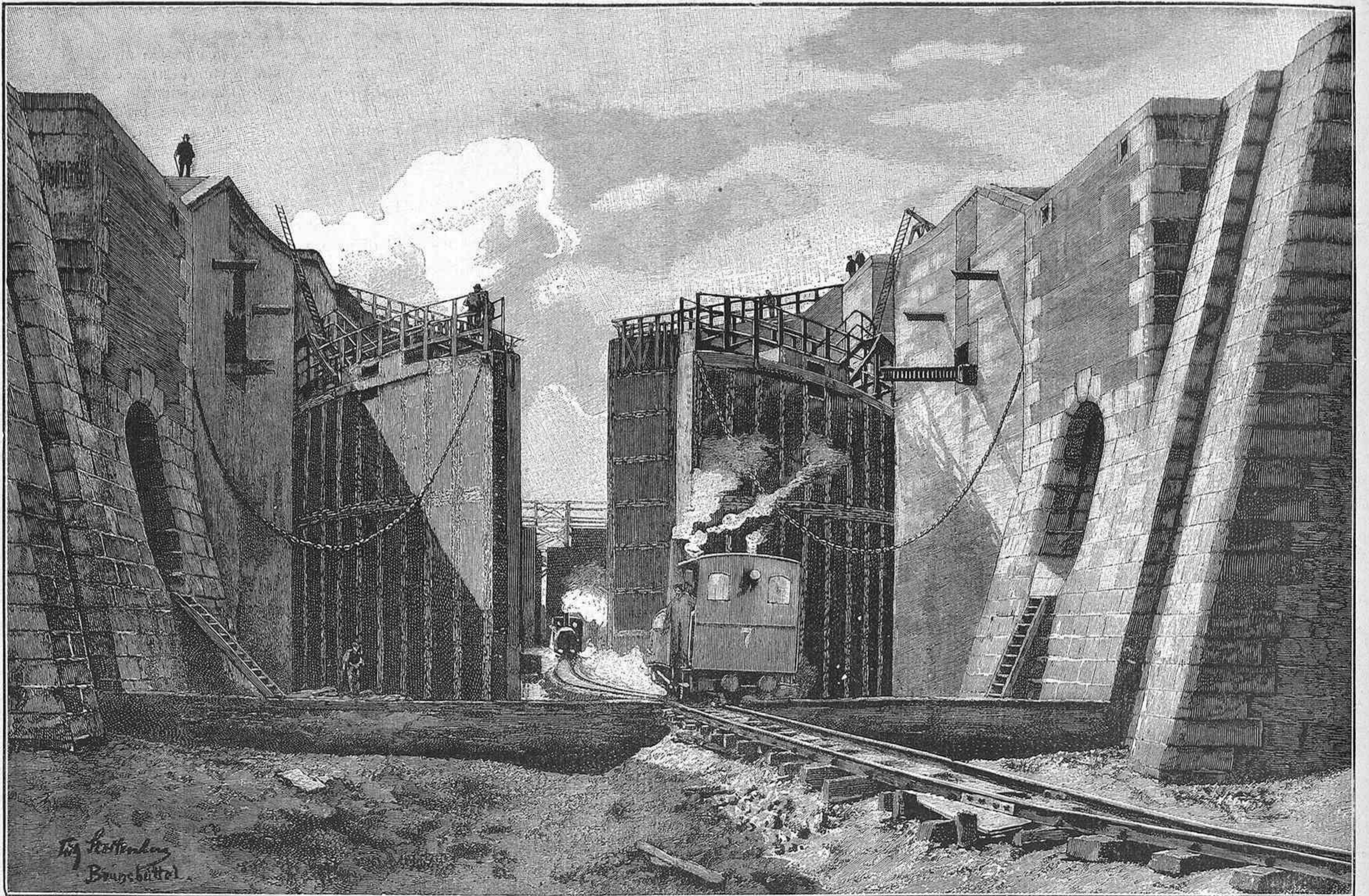
¡La sociedad de los *Hidrópatas* había muerto y vivía el *Chat-Noir*!

Desgraciadamente, muchos de los socios han sufrido igual suerte que aquella jovial institución, que cayó del apogeo de la vida al abismo de la muerte. Monselet y Villiers de l'Isle-Adam murieron pobres después de haber derrochado inapreciables tesoros de ingenio. André Gill y Guy de Maupassant perdieron la razón antes de perder la vida. Charles Cros y otros jóvenes fueron sorprendidos por la muerte en medio de sus primeros triunfos. Augusto Vacquerie sintió apagarse en pocos instantes aquel fuego vital que le había permitido batirse diariamente con éxito durante más de medio siglo en las trincheras del periodismo militante. El último desaparecido es Harry

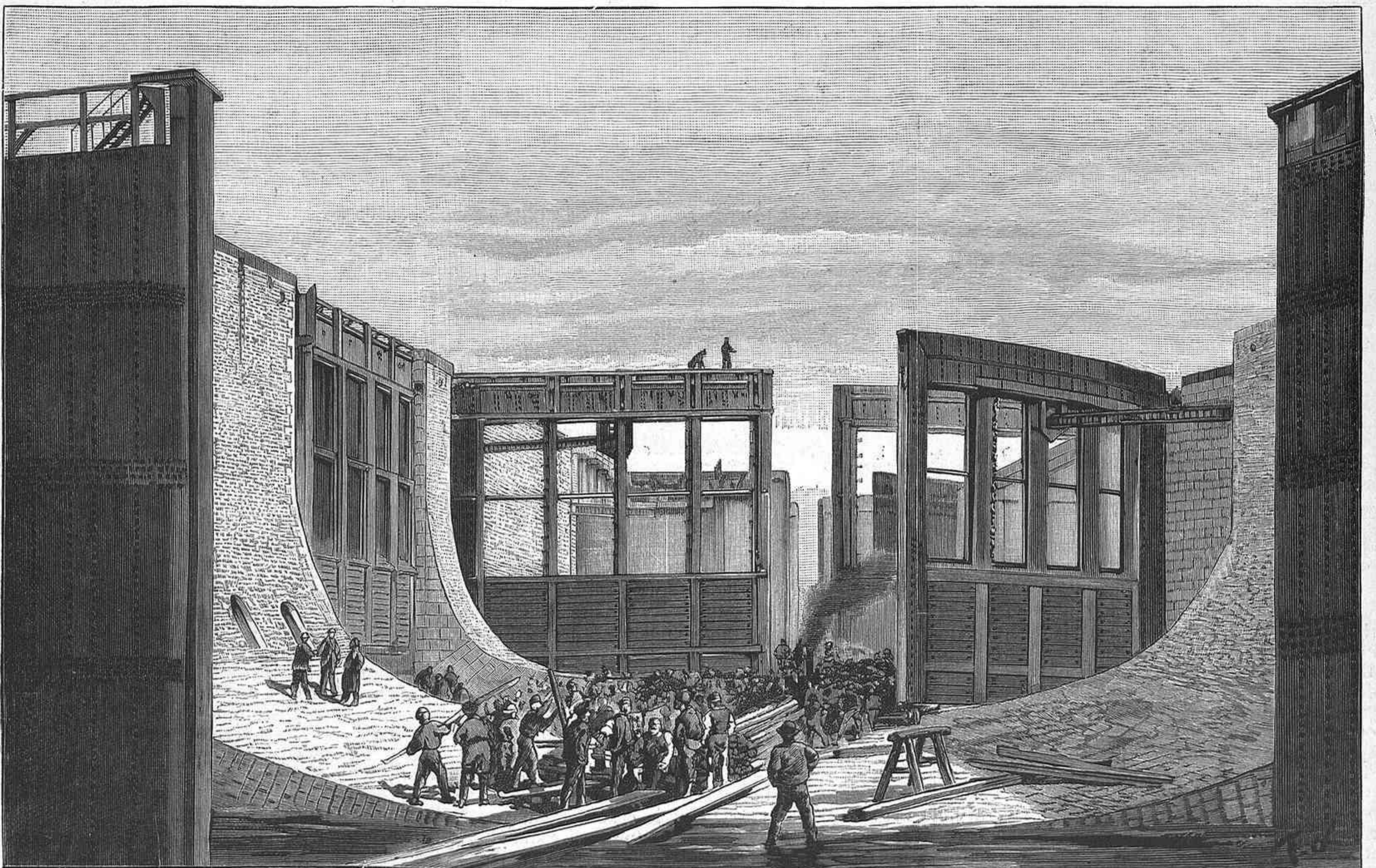
Alis, muerto trágicamente en duelo, y á quien mi patria mallorquina debe una colección de interesantes artículos, impresiones de un viaje que, á instancias mías, hizo mi malogrado amigo á la mayor de las Baleares en 1888.

Emigrada la Nueva Bohemia á Montmartre, sólo quedaron en el barrio Latino algunos sótanos líricos que la prefectura de policía acaba de cerrar: los conciertos *Boyer* y del *Monôme*, situados en la calle de Champollion; el de la *Bohemia*, calle de Saint-Jacques; los sótanos del *Sol de Oro* (plaza de Saint-Michel), de los *Alpes* (calle de Gay-Lussac), y de *Vallier*, plaza Maubert; establecimientos que habían degenerado en sentinas de prostitución y escándalo.

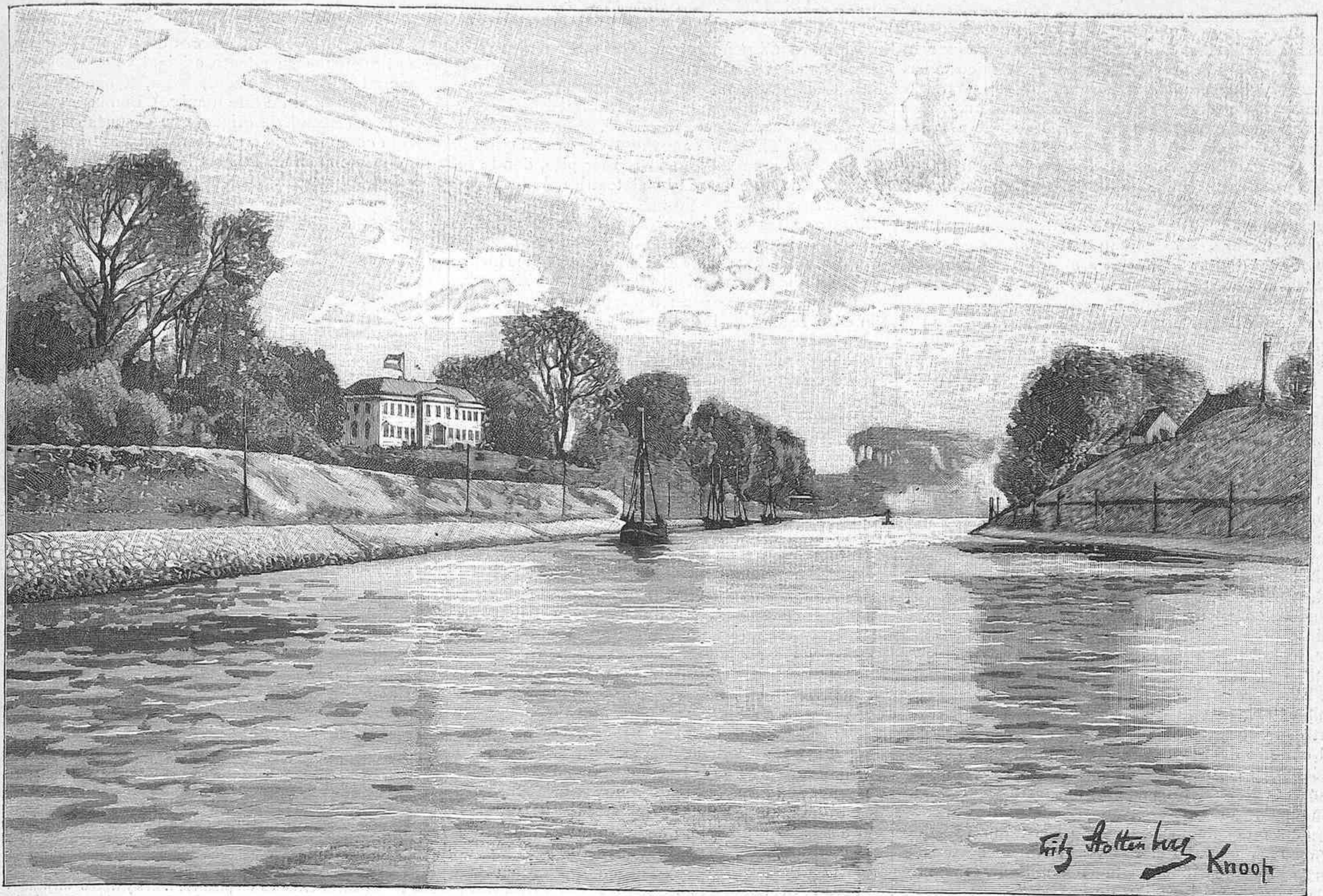
Poco después de la inauguración del *Chat-Noir*



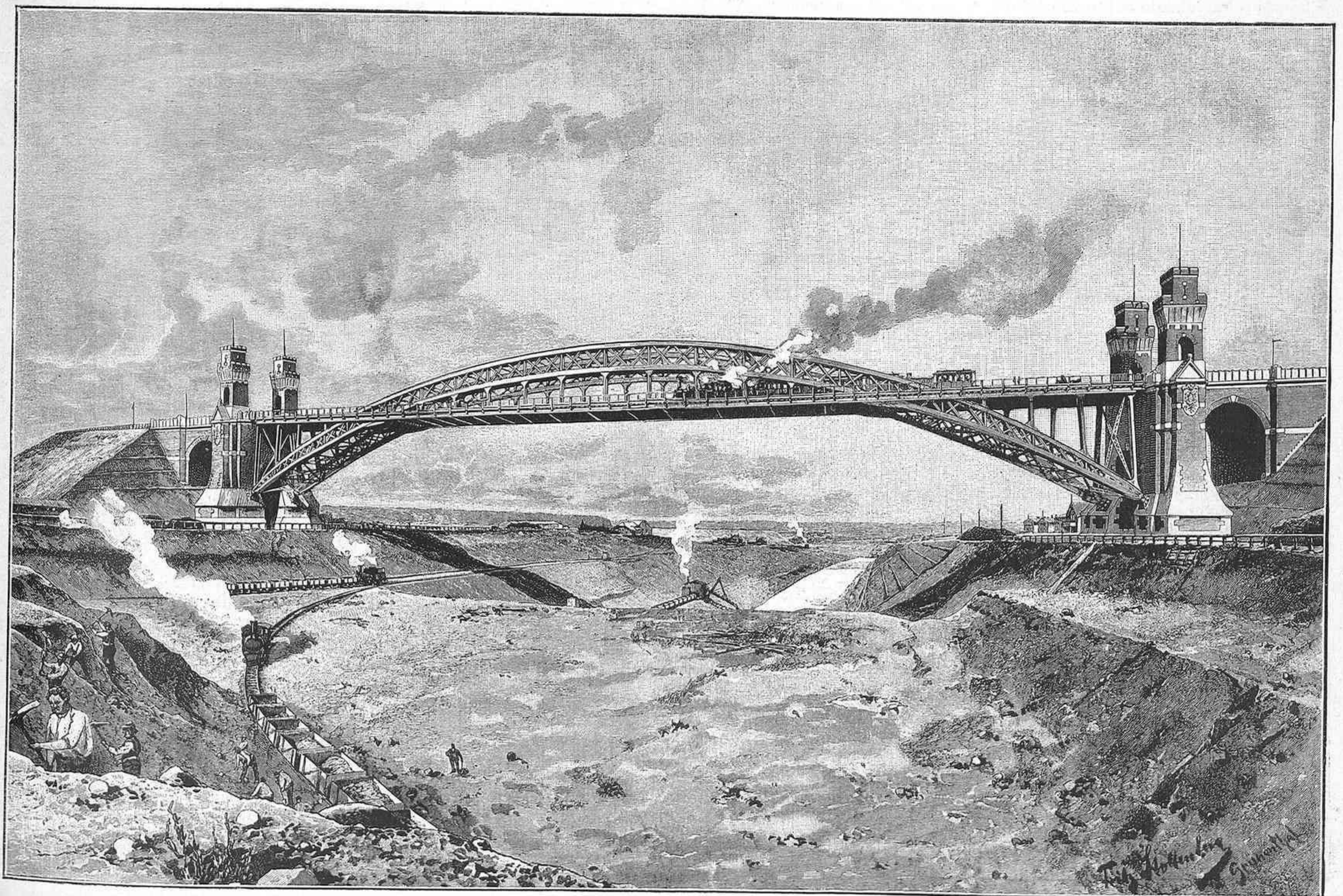
El canal de Kiel. Interior de la cámara de la esclusa de Brunsbüttel, dibujo del natural de Federico Stoltenberg



El canal de Kiel. Interior de la cámara de la esclusa de Holtenau, dibujo del natural de Fernando Lindner



Vista de una parte del canal de Kiel, dibujo del natural de Federico Stoltenberg



Construcción del canal de Kiel. El puente de Grunenthal, dibujo del natural de Federico Stoltenberg

se le dió el nombre de Instituto, y esta denominación sugirió á Salis la idea de vestir de académicos á sus criados. Allí dieron principio las «tardes literarias,» que fueron semanales antes de ser cotidianas, y se celebraban á puerta cerrada, exclusivamente para los iniciados en el misterio de tan codiciadas sesiones. En la acera se detenían los transeuntes, con atento oído y escrutadora mirada. El oído era á veces satisfecho, pues llegaban al exterior alegres cantos, voces declamatorias, aplausos y carcajadas. Los ojos, con menos fortuna, sólo podían vislumbrar, en el momento de abrirse la puerta á algún convidado, los fantasmagóricos personajes que se movían en una espesa nube de humo de tabaco.

En tales días, Fragerolle acompañaba al piano todo lo que le pedían, sin hacerse rogar, y tocaba aplaudidas piezas de su composición.

Salis hizo comprender á los artistas de su casa la utilidad que les reportaría manifestarse en público, interpretando sus propias obras. La idea fué acogida con entusiasmo. Los pintores hicieron cuadros para adornar las paredes; los poetas y los músicos compusieron canciones y poemas para divertir al auditorio, en tanto que el gran Rodolfo cuidaba de hacer funcionar la bomba de la cerveza, entre discurso y discurso á cual más estupendo.

Pronto el local fué exiguo para su numerosa clientela y sobre todo para contener el maravilloso lienzo *Parce Domine*, que Willette acababa de pintar. Ensanchose á expensas de una relojería inmediata, y aún resultó pequeño. Por fin Salis adquirió en la calle de Laval el bonito hotel en que el *Chat-Noir* se halla instalado actualmente.

El *boulevard Rochechouart* guarda el recuerdo de mil extravagancias surgidas de aquella reunión de artistas y literatos de buen humor. Merece mentarse el entierro del amo de la casa, anunciado en su periódico, y coronó dignamente la serie de grandes farsas la elevación del famoso hostelero á la dignidad de rey de Montmartre.

Para esta ceremonia, Rodolfo I vistió un soberbio traje real, empuñó el cetro, salió de su hostería, y seguido de una inmensa muchedumbre, se fué á tomar posesión del Molino de la Galette. En la calle ocultó sus regias vestiduras bajo un ancho sobretodo, pero los numerosos amigos que le servían de escolta no cesaban de dar atronadores gritos de ¡Viva el rey! Y lo más extraordinario del suceso fué que los agentes de la policía se mostraron, en tal ocasión, inteligentes al extremo de tomar la cosa á risa.

El cambio de domicilio dió lugar á otra farsa monumental. El cortejo, precedido de maceros, rodeaba á Salis, á quien escoltaban numerosos guardias á la moda de Luis XIII. Detrás iban los carros de mudanza, custodiados por hombres de armas de la misma época.

El nuevo *Chat-Noir* agrupó en torno de los veteranos algunos reclutas de lo más selecto. Auriol, Doës, Delmet, Donnay, Ferny, Fernand Fau, Féneon, Luisa France, Gondezki, Heinbreisck, Hyspa, Jonard, Joyeux, Lebean, Laumann, Montoya, Privas, Trimouillat, Thérèse, Vancaire, Willy y otros que renovaron sus reuniones en el primer piso, donde se halla actualmente instalado el teatrillo de sombras chinas.

Fuó éste inaugurado por Somm con *El elefante*, humorada á la cual siguieron *Un crimen en ferrocarril*, de Lunel, y «¡1808!» de Carand'Ache, que inspiró á su autor el pensamiento de su famosa *Epopéya*, para la cual el cinc substituyó por primera vez al cartón en el recorte de los personajes.

En 1888 se representó la *Tentación de San Antonio*, con decoraciones costosísimas, imitando vidrieras de colores. Después siguieron *La conquista de Argel*, por Romblet; *La noche de los tiempos*, cuarenta cuadros de Robida; *La marcha á las estrellas*, por Rivière y Fragerolle; *Friné*, por Donnay y Rivière; *Roland*, por éste y Esparbés, con decoraciones en semicírculo y ciento un mecheros de gas; *Ailleurs*, por Donnay; *Santa Genoveva de París*, por Dauphin y Blanc; *Hero y Leandro*, por Haraucourt, y finalmente *El hijo pródigo*, por Fragerolle y Rivière.

Tales son las principales obras representadas con gran éxito en el teatro de sombras chinas del *Chat-Noir*, y en las cuales han colaborado... en calidad de maquinistas Jouart, Rivière y Laumann; el barón Barbier, jefe de maquinaria; el barón Sellier, artífice en jefe; Somm, Mac-Nab, Delarne, Gandillot, archivero perpetuo; Alfonso Allais, jefe de batería; Delcourt, Villette, Esparbés, Robida, Jouy, Caran d'Ache, Haraucourt y otros muchos que gozan de gran fama en el mundo de las letras y las artes.

El *Chat-Noir* ha encontrado imitadores en todo Montmartre y aun en la margen izquierda del río que vió florecer á los *hidrópatas*. Muchos colaboradores de Salis desertaron de la famosísima taberna, y el mismo hostelero desapareció de la calle de Laval para ir á cultivar, lejos del mundanal ruido, coles y zanahorias en su finca *Chatnoirville*.

Pero la nostalgia de su reino les hizo volver pronto, y el *Chat-Noir* ha recobrado la vida y esplendor de sus mejores tiempos.

Los dibujos de Azpiazu que acompañan á esta crónica me ahorran la descripción de tan curioso establecimiento, hoy frecuentado por lo más encopetado de la sociedad parisiense, sin excluir á los príncipes de sangre real ni á las testas coronadas.

Actualmente constituyen el espectáculo diario, además del cuarteto que toca en la sala baja, varias piezas de sombras chinas con admirables decoraciones, música instrumental y voces humanas, canciones al piano y recitación de versos humorísticos.

Al lado de los viejos autores é intérpretes de la casa, brillan por su talento original y simpático los jóvenes Goudezki, Richard, Brun, Zamacois (hijo del pintor español de este nombre), Bonneau y Montoya, otro español de origen, que después de haber servido como médico en la marina, ha sacrificado el arte de Galeno en aras de las Musas.

JUAN B. ENSEÑAT



Bellas Artes.—BARCELONA.—Feliz idea ha sido la de completar el certamen de plantas y flores organizado en el Palacio de Bellas Artes por la Sociedad Catalana de Horticultura con una exhibición de obras de arte, que resulta interesante por el número y valía de las obras expuestas. En ella figuran las producciones de otras épocas, representadas por un buen número de cuadros aportados por la Academia de Bellas Artes, obra de artistas que se singularizaron en la reproducción de flores y frutas, como Laconia, Jubany, Espinosa, Ferrer, Molet, Planella, Lorenzale, Sans, Serra y Porsón, etc., notándose en todas y cada una de las composiciones las diversas tendencias imperantes en los períodos en que se produjeron y la influencia que en los artistas ejercieron determinadas escuelas. El tiempo ha apagado la brillantez de los matices, que resultan en algunas obras más oscurecidos por la tonalidad de los fondos; pero aun así, nótase la maestría, el profundo conocimiento técnico y el buen gusto que distinguió á los artistas que las produjeron.

Los cuadros de Mirabent, Ricardo Martí, Aurelio Tolosa, Pascó y Armet representan el arte moderno. Todos dan muestra de su habilidad y de su buen gusto, ya en el modo de agrupar las varias flores que constituyen sus composiciones, ya en la interpretación de sus delicados tonos. Mirabent distingue por sus magistrales estudios de uvas, pintados con primorosa exactitud, y por sus admirables peonías, que al igual de las rosas y peonías también de Ricardo Martí, frescas y jugosas, pintadas sobre fondos claros, parece como si de ellas se exhalara purísimo y delicado aroma. Siguen á éstos los cuadros de Aurelio Tolosa, asimismo recomendables, llamando la atención por su carácter decorativo, de marcado estilo francés, un biombo y un grupo pintado sobre gasa por la señorita María Tolosa. Dos bonitas cuanto picarescas cabecitas de chula destacándose de entre un grupo de rojos claveles ha aportado José Armet, y varios interesantes estudios de plantas, flores y frutos mejicanos José Pascó, entre los que merece singular mención un acabado estudio de *philodendrum*.

Aplauso merece también el joven pintor cubano Sr. Tejada por su cuadro de frutas americanas y la Sra Ubach por sus claveles de varios matices.

Un lienzo de frutas de Gessa, dos bodegones de Checa, otro de Pallarés y un cuadro místico de Birringer ha remitido el Museo Municipal de Bellas Artes, verdaderas obras ejemplares.

Varios dibujos, entre los que descuellan los de Xumetra, que exhibe algunos de carácter decorativo y de flora ornamental; un precioso jarrón de hierro forjado y repujado, obra del inteligente artífice C. González, y dos jarrones de barro cocido, obra del escultor Tasso, completan la Exposición de obras de arte, recientemente inaugurada, que constituye una sección interesante de la de plantas y flores.



El canal de Kiel.—Puente giratorio de Taterpfahl (de una fotografía)



Sorprendí la conversación de dos respetables viudas

UN BUEN TÍO Y UN BUEN CURA

NOVELA ORIGINAL DE JUAN DE LA BRETE, PREMIADA POR LA ACADEMIA FRANCESA

TRADUCCIÓN DE CARLOS DE OCHOA Y MADRAZO. — ILUSTRACIONES DE CABRINETY

(CONTINUACIÓN)

El cotillón me produjo el más vivo entusiasmo, y cuando mi tío, que tenía el aspecto de un mártir, nos hizo seña de que era tiempo de irnos, grité de un extremo del salón al otro:

— Tío, no me llevará usted de aquí sino por la fuerza de las bayonetas.

Pero tuve que prescindir de las bayonetas y seguir á Juno que, bella y digna como siempre, se apresuró á obedecer á su padre sin hacer caso de mis recriminaciones.

Una vez en mi cuarto, me desnudé bastante despacio; pero en traje de noche y á punto de acostarme, me acometió una gana de comer irresistible. Cogí el almohadón y me puse á valsar con él cantando á voces.

Juno, cuya alcoba no estaba lejos de la mía, entró un poco asustada.

— ¿Qué haces, Reina?

— ¡Ya lo ves, estoy valsando!

— ¡Dios mío, qué niña eres!

— Querida mía, si la humanidad tuviese talento, valsaría día y noche.

— Vamos, Reina, hace frío, vas á ponerte mala. Acuéstate, te lo ruego.

Tiré el almohadón en un rincón y me metí entre las sábanas. Blanca se sentó al pie de la cama é improvisó una arenga. Se esforzó en probarme que la calma, en todos los actos de la vida, es una gran cualidad; que cada cosa debe hacerse á su tiempo y lugar; que después de todo un almohadón no le parecía absolutamente un bailarín muy agradable, y...

— En cuanto á eso, soy de tu parecer, dije, interrumpiéndola con viveza; solamente los bailarines de carne y hueso son serios y agradables, mucho más cuando tienen bigotes; ¡sobre todo bigotes rubios!

Dicho esto, me dormí y no me desperté hasta las tres de la tarde del día siguiente.

Cuando estuve vestida, el Sr. de Pavol me rogó que fuese á verle. En seguida acudí á su invitación, pensando que el cerebro de mi tío acababa de concebir algún sermón. Al ver su aire de solemnidad, comprendí que mis conjeturas eran exactas, y como

siempre he gustado de mis comodidades, así durante los sermones como en las demás circunstancias de la vida, cogí una butaca en la cual me tendí cómodamente, crucé las manos sobre mis rodillas y cerré los ojos, tomando una actitud de profundo recogimiento. Al cabo de dos segundos, no oyendo nada, dije:

— Y bien, tío, ¿qué quiere usted?

— Concédeme la gracia de ponerte derecha, Reina, y de tomar una actitud más respetuosa.

— Pero tío, dije abriendo los ojos con admiración, no tenía la intención de faltarle á usted al respeto; tomaba esa posición para escucharle mejor.

— ¡Reina, me harás perder la cabeza!

— Es muy posible, tío, respondí tranquilamente; el señor cura me dijo muchas veces que le haría morir antes que él recogiese el fruto de su trabajo.

— En verdad, ¿crees que yo tengo ganas de darme al diablo á causa de una niña mal educada?

— Desde luego, tío, espero que no se dará usted jamás al diablo, aunque tenga bastante afición á ese personaje: después, sentiría en extremo perder á usted, porque le quiero con todo mi corazón.

— ¡Jum..., estamos bien! ¿Quieres manifestarme ahora por qué, después de mis lecciones y mis consejos, te has conducido anoche de una manera tan inconveniente?

— Especifique usted las acusaciones, tío.

— Sería muy largo, porque todo lo que hiciste estuvo mal hecho; parecías un caballo desbocado. Entre otras cosas, cuando viste al señor de Conprat le llamaste por su

nombre de bautismo: yo estaba cerca de ti y advertí que su pareja hallaba eso muy extraño.

— Le creo capaz de ello; tenía el aire de un ganso.

— Yo no soy un ganso, Reina, y te digo que era inconveniente.

— Pero tío, es nuestro primo, le vemos casi todos los días. Blanca y yo le llamamos siempre Pablo, cuando hablamos de él, y hasta cuando nos dirigimos á él directamente.



Blanca se sentó á los pies de la cama é improvisó una arenga

- Eso pasa en la intimidad, pero no en sociedad, donde nadie está obligado á conocer el parentesco y las relaciones de las gentes.

- ¿Así, es necesario proceder de un modo en familia y de otro en sociedad?

- Me esfuerzo en decírtelo, Reina.

- Es hipocresía, ni más ni menos.

- ¡En nombre del cielo, sé hipócrita, no te pido más que eso! Además, parece que has dicho á cinco ó seis jóvenes que eran muy bonitos.

- ¡Era verdad!, exclamé en un arranque de simpatía por mis bailarines. ¡Tan agradables, tan atentos, tan complacientes! Después me había embrollado en mis promesas y temía haberlos contrariado.

- Entretanto me contrarías mucho, Reina; hace cerca de siete semanas que Blanca y yo tratamos de enseñarte que es de buen gusto ponderar nuestros movimientos y la expresión de nuestras sensaciones; sin embargo, aprovechas todas las ocasiones de decir y de hacer tonterías. Tienes imaginación, eres coqueta, por desgracia para mí tienes una cara en extremo bonita, y...

- ¡Sea enhorabuena!, interrumpí con satisfacción. ¡Así es como á mí me gustan los sermones!

- Reina, no me interrumpas, hablo seriamente.

- Vamos, tío, razonemos. La primera vez que usted me vió, dijo: «¡Es usted diabólicamente bonita!»

- ¿Y bien, Reina?

- Y bien, tío, ya ve usted que no siempre se puede reprimir un primer movimiento.

- Es posible, pero se debe intentar y sobre todo escucharme. A pesar de tu juventud y de tu pequeña estatura, tienes la apariencia de una mujer. Procura tener su dignidad.

- ¡Su dignidad!, dije admirada, ¿para qué?

- ¿Cómo... para qué?

- No comprendo, tío. ¿Cómo! ¿Me predica usted la dignidad cuando el gobierno tiene tan poca?

- No veo la relación... ¿Qué nueva extravagancia es esa?

- Pero tío, usted pretende que el gobierno pasa el tiempo en jugar al volante; para un gobierno, francamente, eso carece de dignidad. ¿Por qué simples mortales habrían de ser más dignos que ministros y senadores?

- Mi tío se echó á reír.

- Es difícil responderle, Reina; te resbalas entre las manos como una anguila. Sea lo que quiera, te afirmo que si no quieres escucharme, no irás más á ninguna parte.

- ¡Oh, tío! ¡Si hiciese usted semejante cosa, sería digno de los tormentos de la inquisición!

- Estando abolida la inquisición no seré atormentado; pero tú me obedecerás, estate segura de ello. No quiero que mi sobrina tome costumbres y maneras que, si son soportables á su edad, la harían pasar más tarde por...

- ¿Por quién tío?

- El Sr. de Pavol tuvo un violento golpe de tos.

- ¡Jum!, por una mujer educada en los bosques ó algo parecido.

- ¡No sería tan tonta esa apreciación! El Buisón y los bosques se asemejan mucho.

- En fin, Reina, convéncete de que te he hablado seriamente. Retírate y reflexiona.

Por esta vez comprendí que no debía tomar á broma esta reprensión formidable. Por eso me encerré en mi cuarto, donde estuve enfadada veintiocho minutos y medio, espacio de tiempo durante el cual sentí germinar en mi corazón el deseo laudable de hacer conocimiento con la ponderación.

XIII

Pronto supe que algunas veces los proverbios no usurpan su reputación de prudencia; que en ciertos casos querer es poder, y que con un poco de buena voluntad podría poner en práctica los consejos de mi tío. No quiero decir con esto que no haya cometido más tonterías, ¡oh!, no, las he hecho aún con bastante frecuencia, pero logré desembragarme y tomar posesión de una calma relativa.

Por lo demás, si mi tío me reprendió, fué más bien, como lo dijo él mismo, en previsión del porvenir, porque yo me encontraba en un elemento en que mis actos y mis palabras eran juzgados con la mayor indulgencia. Elemento lleno de amenidad, de urbanidad, de tradiciones corteses, en el cual, sin saberlo, tenía gran número de parientes y de aliados.

Gracias á mi nombre, á mi belleza, á mi dote, muchos pecados contra los miramientos sociales me fueron perdonados. Yo era la niña mimada de las viudas de calidad, que se complacían en contar anécdotas sobre los más considerables de mis próximos parientes y sobre ciertos abuelos, cuyas hazañas debieron ser muy notables para que aquellas amables marque-

sas hablasen de ellas con tanto entusiasmo. Descubrí con satisfacción que los antepasados sirven para algo en la vida y cubren con su égida las osadías y las extravagancias de las jóvenes descendientes que salen del fondo de los bosques.

Yo era la niña mimada de los maridos en perspectiva que, en mis hermosos ojos, veían brillar mi dote; la niña mimada de los bailarines, á quienes divertía mi coquetería, y confieso bajo, muy bajo, que experimentaba una dicha inmensa en destrozar los corazones y en transformar algunas cabezas en veletas.

¡Oh coquetería, qué encanto se encierra en cada letra de tu nombre!

Era necesario que ese sentimiento fuese innato en mí, porque, después de dos ó tres saraos, yo conocía sus detalles, sus gradaciones y sus artificios.

Yo quisiera ser predicador, nada más que para predicar la coquetería á mi auditorio y negar la absolución á las penitencias bastante privadas de juicio para no entregarse á ese pasatiempo encantador. Quizás no permanecería mucho tiempo en la comunión de los fieles; pero en mi corta carrera, creo que haría algunos prosélitos. Compadezco á los hombres que, creyendo conocerlo todo, ignoran los placeres más finos y más delicados. A mi modo de ver, tienen una vida de pepino..., de melón todo lo más.

Mientras yo desplegaba la mayor actividad y revolucionaba los corazones, Blanca permanecía tranquila, bella y ufana, demasiado segura de su belleza para agrandar sin ningún esfuerzo y demasiado digna para descender á las agitaciones y á los recursos de mala especie, que eran mi alegría.

Sin embargo, calmada la primera efervescencia, me puse muy pronto á reflexionar que el Sr. de Conprat tardaba un tiempo infinito en enamorarse de mí. Él me veía bajo todos los aspectos, vestida con elegancia y lujo, vestida con sencillez, coqueta, seria, algunas veces melancólica, raramente, debo confesarlo, y á pesar de esta diversidad de aspectos, que impedía á la monotonía acompañar á mi persona, no solamente no se declaraba, sino que parecía verdaderamente que me trataba como á una niña. Las palabras del señor cura: «Esté usted segura de que la ha tomado por una niña sin importancia,» comenzaban á turbarme sobre manera.

No obstante mi coquetería, mis placeres y mis numerosas distracciones, jamás mi amor se alteró un momento. Sin duda la animación de mi vida me impidió pensar en él constantemente, y esto es lo que explica mi larga ceguera; pero nunca tuve la idea de hallar un hombre más encantador que Pablo de Conprat. Con todo, entre los que me hacían la corte, había algunos que tenían una semejanza real con los tipos de Walter Scott que yo había admirado mucho. Varias veces me pregunté cómo mi héroe, con su cara alegre y su apetito maravilloso, había podido impresionarme tan vivamente, cuando mi ánimo estaba bajo la influencia de personajes imaginarios que tan poco se le parecían. He ahí un asunto psicológico que entrego á las meditaciones de los filósofos, porque yo no tengo tiempo para hacerlas; hago constar el hecho, saludo á la filosofía y continúo.

El 23 de octubre tuvimos un último sarao en una quinta situada cerca del Pavol. Me puse un traje azul claro con dos ó tres adornos prendidos en mis cabellos negros y que me caían junto á la oreja. Estaba extraordinariamente bonita, y aquella noche tuve un éxito loco. Éxito tan serio, que la semana siguiente fueron dirigidas á mi tío cinco peticiones de matrimonio que me convenían. Pero yo estaba inquieta, febril, atormentada, y contra mi costumbre, no gocé de las impresiones favorables y excesivas producidas por mi hermosura.

Esperaba con impaciencia al Sr. de Conprat para observarle con ojos que comenzaban á abrirse. Generalmente llegaba muy tarde, con tres ó cuatro jóvenes que componían la alta sociedad elegante de la localidad. Estos señores, estando gastados desde su más tierna edad y hallando molesto, fatigoso y aflictivo en extremo el valsar con mujeres bonitas, hacían algunas invitaciones con ademán de aburrimiento é impertinencia, excepto Pablo de Conprat, demasiado excelente, demasiado natural para no bailar con la satisfacción que exigían las circunstancias. Sin embargo, debo decir que mi alegría disipaba el fastidio de aquellas víctimas infortunadas de la experiencia como un hermoso sol disipa una ligera niebla. Yo sabía excitarlos tan bien, animarlos, hacerlos cambiar á todos los vientos de mis caprichos, que mi tío decía: «Tiene el diablo en el cuerpo.»

¡Sea tenido por vil el que piense mal!

Observé con despecho que Pablo valsaba frecuentemente con Blanca, mientras que á mí me invitaba rara vez, sin manifestar ningún interés. Redoblé mi coquetería para llamar su atención; pero ¡qué le importaba! Su cabeza y su corazón estaban lejos de mí,

y me refugié en un rincón retirado, negándome enérgicamente á bailar.

Hacia algunos instantes que me ocultaba entre las colgaduras que separaban el gran salón de un gabinete donde varias señoras estaban sentadas, cuando sorprendí la conversación de dos respetables é ilustres viudas cuya conquista había hecho.

- Reina está encantadora esta noche: como siempre, es la más admirada.

- Blanca de Pavol es más hermosa, sin embargo.

- Sí, pero tiene menos encantos. Es una reina desdenosa, y la señorita de Lavalle una adorable princesita de los cuentos de hadas.

- Princesa es la palabra: ella es de raza, y lo que chocaría en otras, es encantador en ella.

- Se dice que el casamiento de su prima con el Sr. de Conprat está acordado.

- Lo he oído decir.

Por espacio de algunos segundos, orquesta, ilustres viudas, bailarines, ejecutaron delante de mí un baile sin nombre, y para no caerme tuve que asirme á las colgaduras entre las cuales me había ocultado.

Pasado mi desvanecimiento, el salón brillante me pareció cubierto de una gasa espesa; con gran sorpresa de Juno, fuí á suplicarla que nos fuésemos inmediatamente sin esperar el cotillón.

Al volver al Pavol me decía: «¡No es verdad, estoy segura de que no es verdad! ¿Por qué tanto turbarme?»

Pero me desnudé llorando, con la idea de que iba á caer sobre mí una inmensa desgracia.

No obstante, como nada es más versátil que una imaginación de diez y seis años, al día siguiente volví á tener esperanza y calificué las habladerías de aquellas señoras de chismes sin importancia. Yo resolví observar cuidadosamente al Sr. de Conprat, y estaba en una disposición de ánimo que permitía al menor indicio explicarme hasta las impresiones pasadas y fugitivas.

En la tarde de aquel día nefasto estábamos todos en la sala. El comandante y mi tío jugaban una partida de ajedrez, Blanca tocaba una sonata de Beethoven, y yo, tendida en una butaca, examinaba por debajo de mis párpados medio cerrados la actitud y la fisonomía de Pablo de Conprat. Sentado junto al piano, un poco detrás de Juno, la escuchaba con seriedad, sin cesar de mirarla. Parecióme que la expresión de seriedad no le convenía y podía calificarse de aburrimiento, y me confirmé en mi opinión al observar que se esforzaba en disimular algunos bostezos intempestivos. Entonces fué cuando súbitamente recordé mi propia satisfacción cuando él tocaba aires de bailes, y comprendí que me gustaban, no los aires, sino el que los ejecutaba, y que él experimentaba idénticamente el mismo sentimiento. ¡Buen cuidado se le daba de Beethoven! Pero estaba enamorado de Blanca, y las cosas antipáticas á su naturaleza le agradaban en la mujer á quien él amaba.

Juno acabó de tocar su insoponible sonata, y Pablo le dijo, llevado de un movimiento de entusiasmo cuyo motivo oculto me era conocido:

- ¡Qué gran maestro es Beethoven! Lo interpreta usted perfectamente.

- ¡Usted ha bostezado!, exclamé saltando tan bruscamente que los jugadores de ajedrez gruñeron que era un portento.

- ¡Te creí dormida, Reina!

- No, no dormí, y te digo que Pablo ha bostezado mientras tú tocabas la música de ese maldito Beethoven.

- Reina detesta tanto la música, dijo mi tío, que atribuye á los demás sus ideas personales.

- ¡Sí, sí, mis ideas me sirven para hacer bellos descubrimientos!, respondí con voz trémula.

- ¿Qué te sucede, Reina? Estás de mal humor porque no has dormido anoche.

- No estoy de mal humor, Juno; pero detesto la hipocresía, y repito, sostengo y sostendré hasta la muerte exclusivamente que Pablo ha bostezado, sí, bostezado.

Después de esta salida, huí de allí como un torbellino, dejando á todos sumergidos en la estupefacción.

Me encerré en mi alcoba y me paseé á lo largo y á lo ancho, renegando de mi ceguera y dándome grandes puñetazos en la cabeza, según la moda de Perrina cuando se encontraba en algún apuro. Pero los puñetazos en la cabeza, además de que pueden alterar el cerebro, no han sido nunca un remedio para un amor desgraciado, y profundamente desalentada, me dejé caer en una silla poltrona donde estuve largo tiempo en la mayor aflicción.

Como en todas las ocasiones de esta clase, yo me acordaba de las palabras y de los detalles que hubieran debido desengañarme muchas veces. El sentimiento que me dominaba, en medio de otros muchos

muy confusos, era el de una cólera viva, y mi vanidad, despertándose grande é irritada, me hizo jurar que nadie notaría mi pena. Yo era sincera, y creía firmemente que me sería fácil disimular mis impresiones cuando tenía por costumbre manifestarlas francamente.

Yo atravesaba uno de esos momentos de irritación durante los cuales la persona más pacífica siente un deseo violento de ahogar á alguien ó de romper alguna cosa. Los nervios que no pueden aliviarse con las lágrimas, necesitan un desahogo cualquiera, y yo descargué mi cólera sobre mis muñequitos de barro, cuyos gestos y sonrisas me parecieron de repente odiosos y ridículos, tirándolos inmediatamente por la ventana, experimentando un áspero placer cuando oía que se rompían al caer en la arena de la alameda. Pero mi tío, que pasaba por allí, recibió uno de ellos en su venerable cabeza, provista, por fortuna, de un sombrero, y pareciéndole que mi procedimiento no estaba conforme con todas las leyes de la etiqueta, respondió con una enérgica exclamación.

—...¿A qué ejercicio del diablo te entretienes ahí, Reina?

—Tiro mis muñequitos de barro por la ventana, tío, contesté acercándome á ella, de la cual estaba bastante lejos para lanzar los proyectiles con más fuerza.

—¿Es una razón para romperme la cabeza?

—Mil perdones, tío, no había visto á usted.

—¿Te has vuelto loca súbitamente, Reina? ¿Por qué rompes los muñequitos?

—¡Me irritan, tío, me impacientan, me enervan!.. Ahí va el fin.

Tiré cinco de ellos á la vez, y cerrando brusca- mente la ventana, dejé al Sr. de Pavol echando pes- tes contra las sobrinas, sus caprichos y el desorden de la alameda.

Por la noche me echó un sermón, pero lo escuché con la mayor impasibilidad; porque un miserable ser- món, en medio de mis graves inquietudes, me produ- cía el efecto de una burbuja de jabón reventándose en mi cabeza.

Después de comer fuí á contemplar los muñequi- tos de barro que yacían lastimosamente en la alame- da. ¡Destrozados, pulverizados! Absolutamente como mis ilusiones y mi dicha, que yo creía perdidas para siempre.

XIV

Quizás cause admiración mi falta de perspicacia; pero ¿quién es el que, sin tener la excusa de mis diez y seis años, no ha dado, al menos una vez en su vida, la prueba de una ceguedad increíble? Yo quisiera saber si existe un solo hombre que no se haya califica- do de imbécil al descubrir un hecho que no veía ha- cía largo tiempo, aunque estuviese muy visible. ¡Ah, cuán fácil es decirse perspicaz, y cuán fácil también el probarlo cuando se le explican á uno las cosas con los detalles más minuciosos!

Para mí era un verdadero suplicio el observar aho- ra al Sr. de Conprat, el explicarme todas las atencio- nes delicadas que tenía con Blanca, sabiendo muy bien cuál era el móvil secreto de ellas. ¡Cómo lloraba yo á escondidas! Pero no creo que jamás experimen- té un gran sentimiento de celos contra Juno. ¡Oh, Dios mío, no! Yo era una criatura que amaba sincera y profundamente, pero ni la sombra siquiera de una pasión feroz se mezclaba con mi amor. Únicamente estaba en una irritación perpetua contra el Sr. de Conprat. Yo le imputaba mi mal humor con mis dis- gustos y amarguras, y no cesaba de contrariarle y de decirle cosas agrídulces. Después me refugiaba en mi alcoba, donde me paseaba á pasos largos dirigién- dome discursos.

«¡Qué acertado es el enamorarse de una mujer cuya organización se parece tan poco á la vuestra! ¡Él tan alegre, tan hablador; tan hablador como yo ha- bladora ciertamente! Y ella grave, silenciosa, adora- dora de la etiqueta, mientras que á él le incomoda mucho algunas veces. ¡Nosotros nos conveníamos tanto! ¡Cómo no lo ha visto? Pero Blanca es tan bue- na como hermosa, él la conoce hace mucho tiempo, y en fin no se manda al amor.»

Pero estos bellos razonamientos no me consolaban.

Yo sollozaba por la tarde en la cama, algunas ve- ces por la noche, y á pesar de mi resolución de ocul- tar mis impresiones, al cabo de quince días, los ha- bitantes del Pavol se admiraban de mis excentrici- dades y de mis caprichos. Por la mañana estaba ale- gre hasta el punto de reír por espacio de dos horas enteras: por la tarde me sentaba á la mesa con sem- blante triste y no despegaba mis labios durante la comida.

Este silencio, tan opuesto á mis costumbres, in- quietaba mucho al Sr. de Pavol.

—¿Qué ocurre en esa cabeza, Reina?

—Nada, tío.

—¿Acaso te fastidias? ¿Quieres hacer un viaje?

—¡Oh! No, no; sentiría en extremo dejar al Pavol.

—Si tienes interés en casarte, Reina, eres libre; yo no soy un tirano. ¿Estás arrepentida de la negati- va con que has acogido las peticiones que se han su- cedido últimamente?

—No, tío. He abandonado mis ideas; no quiero casarme.

Esas desgraciadas peticiones aumentaban aún mis disgustos. No podía oír hablar del matrimonio sin tener gana de llorar. Si el Sr. de Pavol no me insta- ba para que aceptase, me hacía ver las ventajas de cada partido é insistía un poco para que yo consin- tiese al menos en conocer á los que me pretendían. Él los hubiera calificado bastante fácilmente de ca- sos extraordinarios, y entre los numerosos descubri- mientos que yo hacía diariamente, el de la inconse- cuencia de mi tío no es el que menos me sorprendió. En lo íntimo de mi corazón, creo que le preocupa- ban los deberes que le incumbían respecto de mi persona. Pero me dejaba enteramente libre, y para rechazar algunos partidos se contentó con mis razo- nes, que no tenían pies ni cabeza.

—¿Por qué tanto decir que tenías prisa de casarte, Reina?, me preguntó Blanca.

—No me casaré antes de haber hallado lo que deseo.

—¡Ah!.. ¿Y qué deseas?

—No lo sé aún, respondí con la garganta oprimida. Blanca me cogió la cara con sus manos y me miró con atención.

—Quisiera adivinar tu pensamiento, Reina. ¿Amas á alguien? ¿Es á Pablo?

—Te juro que no, dije, separando sus manos de mi cara. ¡No amo á nadie!, y cuando ame lo sabrás inmediatamente.

Si la muerte no fuese una cosa tan horrible, estoy segura de que me hubieran matado en aquel momen- to antes de hacerme confesar mi amor por un hom- bre que amaba á otra mujer, y cuando esta otra mu- jer era mi prima. Felizmente, no se trataba ni de la horca ni de la guillotina, cuya vista hubiera proba- blemente destruído mi estoicismo.

—Yo hago lo mismo que tú, Blanca, espero.

—Yo no tengo el mismo éxito que la lobita del Buisson, respondió ella sonriéndose. ¡Cinco peticio- nes á la vez!

—¡No me hables de ellas, te lo ruego; eso me fa- tiga, me incomoda, me pone fuera de mí!

Por desgracia, un sexto pretendiente que reunía las cualidades más raras, más extraordinarias, más completas, se puso de repente entre el número de mis adoradores. ¡Ah! Yo recogía lo que había sem- brado, porque, desde mi entrada en el mundo, había tenido cuidado de decir sin reserva que deseaba ca- sarme lo más pronto posible.

Mi tío me hizo llamar y juntos tuvimos una larga conferencia.

—Reina, el Sr. Le Maltour solicita la honra de ca- sarse contigo.

—¡Buen provecho le haga, tío!

—¿No te agrada?

—Ni por pienso.

—¿Por qué? Dame razones, buenas razones; las del otro día, acerca de los partidos que has rechaza- do de un golpe, no valen nada.

—Esos partidos no eran aceptables, tío.

—Veamos, el Sr. de P... parecía muy bien.

—¡Oh! Un hombre de treinta años... ¿Por qué no un patriarca?

—¿Y el Sr. C.?

—¡Un hombre horroroso, tío!

—¿El Sr. N..., joven de mérito, muy inteligente?

—He contado sus cabellos, ¡no tiene más que ca- torce, á veintiséis años!

—¡Ah!.. ¿Y el pequeño D.?

—No me gustan los morenos. Además, es la nul- dad más completa. Una vez casado, adoraría á su per- sona, sus corbatas y mi dote: ¡he ahí todo!

—Piensa de él lo que quieras. Pero volviendo al barón Le Maltour, ¿qué le reprochas?

—¡Un hombre que no ha bailado más que rigodo- nes conmigo, porque no valso en tres tiempos!, ex- clamé con indignación.

—¡Grande ofensa! Reina, te lo repito, me parece absurdo el casarse tan joven; pero á pesar de tu dote y de tu belleza, quizás no volverás á encontrar nunca un partido como ese. Es un cumplido caballero, tengo las mejores noticias sobre su moralidad y sobre su carácter; una fortuna inmensa, un título, una fa- milia honrada y muy antigua...

—¡Ah, sí, los antepasados!, como dice Blanca, in- terrumpí con desdén. Detesto á los antepasados, tío.

—¿Por qué?

—¡Gentes que no pensaban más que en batallar y en romperse las narices! ¡Qué idiotas!

—¡Pues bien! Yo sé que el escribano del tribunal de V... te encuentra encantadora; él no tiene antepa- sados; ¿quieres que se le diga que, por esa razón, la señorita de Lavallo está dispuesta á casarse con él?

—No se burle usted de mí, tío; ya sabe usted que soy noble hasta las uñas, respondí aprovechando esta ocasión para admirar mi mano y la punta de mis es- beltos dedos.

—Eso es lo que creo, si tu físico no engaña. Aho- ra, Reina, óyeme bien. Tú no conoces bastante al Sr. Le Maltour para hacer una apreciación de él, y



—Muy bien, tío, será lo que usted quiera

yo quiero que le veas muchas veces antes de dar una respuesta definitiva. Voy á escribir á la señora Le Maltour que la decisión depende de ti y que autori- zo á su hijo á presentarse en el Pavol cuando lo tenga por conveniente.

—Muy bien, tío, será lo que usted quiera.

Cinco minutos después erraba en los bosques, pre- sa de la más violenta agitación.

—¡Ah, es así!, decía, mordiéndose el pañuelo para ahogar mis sollozos: ¡será bien recibido, ese Maltour! Dentro de cuatro días, quiero que haya desaparecido de mi presencia. ¡Y mi tío que no ve nada, que nada comprende!..

Yo me equivocaba. Mi tío, á pesar de mis súbitas pretensiones al disimulo, veía muy claro, pero obra- ba cuerdamente. No podía impedir que el Sr. de Con- prat amase á su hija ni renunciar al sueño que él y el comandante acariciaban hacía mucho tiempo. Ade- más, bien convencido de que mi sentimiento era poco profundo y de que no estaba exento de puerilidad, creyó que el mejor remedio para curar este capricho era el de desviar mis ideas hacia un hombre que, al amarme, supiese hacerse amar, en virtud de este axio- ma: el amor atrae el amor.

El razonamiento hubiera sido perfecto, si no hu- biese pecado por la base.

Dos días después, la señora Le Maltour y su hijo llegaban al Pavol, con la sonrisa en los labios y la esperanza en los ojos. La excelente señora me dijo mil cosas amables, á las cuales respondí con la cara siniestra y ceñuda.

El barón era un buen sujeto..., no quiero decir con esto que fuese un tonto, ¡de ningún modo! Era inte- ligente, ingenioso, pero no tenía más que veintitrés años. Era tímido y muy apasionado, circunstancia esta última que no le desarrollaba el ingenio, pero que yo hubiera tenido mal gusto en reprochársela.

Al día siguiente vino á vernos sin su madre y se esforzó en hablar conmigo.

—¿Siente usted que no haya mas saraos, señorita?

—Sí, respondí con un tono tan fiero como el de Suzón.

—¿Se divirtió usted el otro día en casa de***?

—No.

—Estaba brillante, sin embargo... ¡Qué lindo traje llevaba usted! ¿Le gusta á usted el azul?

—Evidentemente, puesto que el traje era azul.

El Sr. Le Maltour tosió discretamente para ani- marse.

—¿Le gustan á usted los viajes, señorita?

—No.

—¡Es extraño! La creía á usted de carácter em- prendedor y aficionada á viajar.

—¡Idiotismo! Yo tengo miedo de todo.

La conversación duró algún tiempo en este tono. Desconcertado por mi laconismo y el interés con que yo seguía, con el aire más impertinente del mundo, las evoluciones de una mosca que se paseaba por uno de los brazos de mi butaca, el baron se levantó algo enrojecido y abrevió su visita.

(Continuará)



·L'apotecari d'Olot·



·L'àngel de la guarda·



·L'ca creu de la masia·



·L'ca rosa blava·



·L'co castell dels tres dragons·



·Calé y copa·



·L'cas euras del mas·



·L'ca dida·



·L'co ferrer de tall·



·Sengora y majora·



·L'cos segadors·



·L'co torn del rey·



·L'cas joyas de la Roser·



·L'cas francesillas·

El eminente autor dramático catalán Federico Soler (Serafi Pitarra) y los principales personajes de sus obras dramáticas

NACIÓ EN BARCELONA EN 9 DE OCTUBRE DE 1839; HA FALLECIDO EN 4 DE JULIO DE 1895

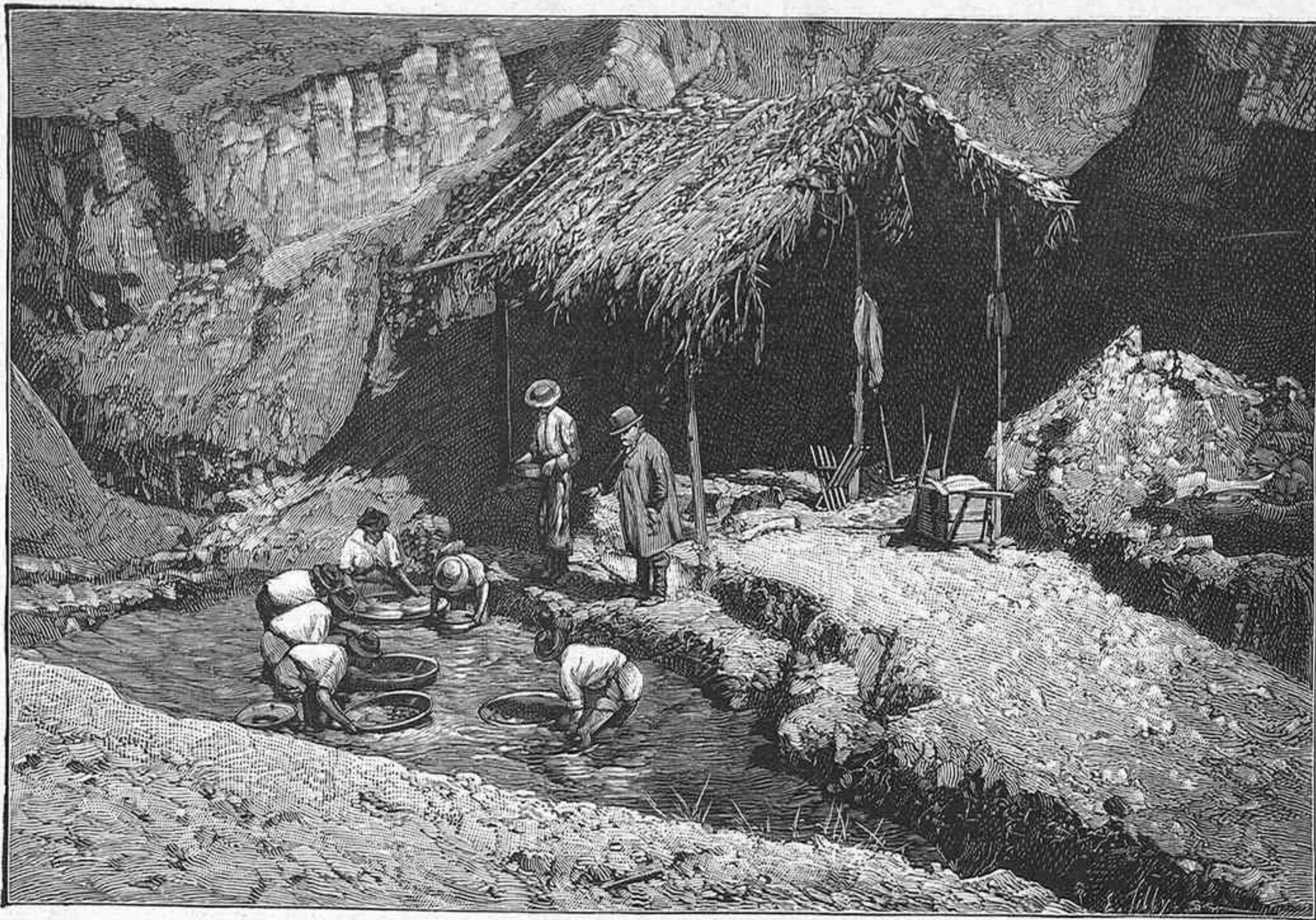
(En el próximo número publicaremos un artículo necrológico)

UNA MINA DE DIAMANTES

EN AGUA SUJA (BRASIL)

La ciudad de Bagagem, situada al Norte de Uberaba (Brasil), fué en otro tiempo célebre por sus depósitos diamantíferos, en uno de los cuales se encontró el gran diamante Estrella del Sur: hoy están completamente abandonados, pero á 20 kilómetros de ellos, en la aldea de Agua Suja, ha sido desde 1867 muy productiva en diamantes la explotación de una gran masa de guijarros.

La estructura geológica de la gran comarca del Brasil situada entre Uberaba y el río Paranaíba es relativamente sencilla: como base para el asperón ferruginoso que forma aquellos campos encuéntrase un micaquistos rico en mica blanco, de un color gris cuando está alterado y rojizo cuando está descompuesto. Este esquisto contiene innumerables fragmentos de cuarzo compacto y filones de cuarzo rico en turmalinas.



Escogimiento final del diamante en las minas de Agua Suja (Brasil)

La misma constitución geológica nos ofrece Agua Suja, y entre las arenas del riachuelo de este nombre

que representa la operación del escogimiento final del diamante. - GASTÓN TISSANDIER.

se encuentran los diamantes y otros minerales, así como en las inmediaciones de aquella aldea hállanse abundantes y hermosos cristales cúbicos de granate.

Finalmente debemos consignar que entre los guijarros de esta localidad bien que como elemento muy raro y apenas observable en las finísimas arenas, hay pequeños cristales de circona blancos: un solo cristal de rubí ha sido allí encontrado por el doctor Luis Gonzaga de Campos.

Las condiciones del trabajo por medio del agua son favorables en Agua Suja.

El doctor Arena, propietario de la mina, ha utilizado una hermosa cascada inmediata á su instalación que le permite realizar la explotación por el sistema californiano.

El grabado que aparece en esta página es reproducción de una fotografía del escogimiento final del diamante. - GASTÓN TISSANDIER.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjense para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París. - Las casas españolas pueden hacerlo en la oficina de publicidad de los Sres. Calvet y Rialp, Paseo de Gracia, núm. 21

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
 disipan casi INSTANTÁNEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
 EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D. FRANK
 Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestionen curados ó prevenidos.
 (Rótulo adjunto en 4 colores)
 PARIS: Farmacia LEROY
 Y en todas las Farmacias.

DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO
HISPANO-AMERICANO
 Edición profusamente ilustrada con miles de pequeños grabados intercalados en el texto y tirados aparte, que reproducen las diferentes especies de los reinos animal, vegetal y mineral; los instrumentos y aparatos aplicados recientemente á las ciencias, agricultura, artes é industrias; retratos de los personajes que más se han distinguido en todos los ramos del saber humano; planos de ciudades; mapas geográficos coloridos; copias exactas de los cuadros y demás obras de arte más célebres de todas las épocas.
 MONTANER Y SIMON, EDITORES

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD
 En Polvos y Cigarrillos Alivia y Cura CATARRO, BRONQUITIS, OPRESION
ASMA
 y toda afección Espasmódica de las vias respiratorias.
 25 años de éxito. Med. Oro y Plata.
 J. VERRÉ y Cia, Pcos. 102, R. Richelieu, París.

VERDADEROS GRANOS de Santé du docteur FRANK
 Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestionen curados ó prevenidos.
 (Rótulo adjunto en 4 colores)
 PARIS: Farmacia LEROY
 Y en todas las Farmacias.

Pildoras y Jarabe DE BLANCARD
 Solucion **BLANCARD**
 y **Comprimidos de Exalgina**
 JAQUECAS, COREA, REUMATISMOS
 DOLORS DENTARIOS, MUSCULARES, UTERINOS, NEURALGICOS.
 El mas activo, el mas inofensivo y el mas poderoso medicamento.
CONTRA EL DOLOR
 Exíjase la Firma y el Sello de Garantia. - Venta al por mayor: Paris, 40, r. Bonaparte.

GARGANTA VOZ y BOCA PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. - PRECIO: 12 REALES.
 Exigir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
 Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
 PREMIO DEL INSTITUTO AL D. CORVISART, EN 1856
 Medallas en las Exposiciones Internacionales de PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS
 1867 1872 1873 1876 1878
 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
DISPEPSIAS
GASTRITIS - CASTRALGIAS
DIGESTION LENTAS y PENOSAS
FALTA DE APETITO
 Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
 BAJO LA FORMA DE
ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT
VINO. de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
 PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
 y en las principales farmacias.

CARNE, HIERRO y QUINA
 El Alimento mas fortificante ruído a los Tónicos mas reparadores.
VINO FERRUGINOSO AROUD
 Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE
CARNE, HIERRO y QUINA! Diez años de éxito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias medicas preuban que esta asociacion de la Carne, el Hierro y la Quina constituye el reparador mas energetico que se conoce para curar: la Clorosis, la Anémia, las Menstruaciones dolorosas, el Empobrecimiento y la Alteracion de la Sangre, el Raquitismo, las Afecciones escrofulosas y escorbúticas, etc. El **Vino Ferruginoso de Aroud** es, en efecto, el unico que reúne todo lo que entona y fortalece los organos, regulariza, coordena y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde a la sangre empobrecida y decolorada: el **Vigor**, la **Coloracion** y la **Energia vital**.
 Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farm. 102, r. Richelieu, Sucesor de AROUD.
 SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS
EXIJASE el nombre y la firma AROUD

CYCLES IMPERATOR
 DUGOUR Y C.ª Constr.
 81, Faubourg, Saint-Denis, en Paris
 Velocipedos de precision **225**
 Excelentes neumáticos. Fr.
 Catálogo gratis. - Exportación

Fraco. 5 fr. en Paris
PUREZA DEL CUTIS
 - LAIT ANTÉPÉLIQUE -
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó **Leche Candès**
 pura ó mezclada con agua, disipa
 PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
 SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
 ARRUGAS PRECOCES
 EFLORESCENCIAS
 ROJECES.
 Pone y conserva el cutis limpio y terso
 B. St-Denis

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS PATERSON
 con BISMUTHO y MAGNESIA
 Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
 Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894 +
DE APIOL DE JORET y HOMOLLE REGULARIZAN LOS MENSTRUOS
 EVITAN DOLORS, RETARDOS
 DEPOSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS Y DRORIAS

LA FIESTA DE LAS FLORES

EN EL

BOSQUE DE BOLONIA

No puede negarse que París es la ciudad que más se divierte, pero hay que decir también en honor de la verdad que ninguna capital hace lo que ella en pro de los desvalidos. Las instituciones benéficas cuentan allí con pingües recursos, y cuando se ha tratado de suscripciones para remediar alguna catástrofe nacional o extranjera, los parisienses han demostrado siempre que también en esto ocupan en el mundo el primer lugar.

Todos los años se celebran en París grandes fiestas de beneficencia que producen magníficos resultados: una de ellas es la batalla de flores que organizada por el comité de la Caja de socorros de las víctimas del deber se verifica en el mes de junio en el Bosque de Bolonia. En aquel hermosísimo paseo se dan cita el día señalado todas las elegantes, las familias linajudas, las mujeres a la moda, las artistas en boga, los *clubmen* más distinguidos y en fin cuanto de notable en el gran mundo parisien se tiene, en lujosos trenes unos, y otros a pie ó jinetes en briosos caba-



La fiesta de las flores en el Bosque de Bolonia, dibujo de G. Wertheimer

llos, y haciendo proyectiles de las flores más exquisitas, de los más artísticos ramos, riñen descomunal batalla que no cesa hasta agotarse las municiones y quedar el suelo cubierto con las hojas marchitas de las que momentos antes fueron encanto de los sentidos con sus brillantes colores y delicados aromas.

¡Hermosos combates inventados por la tan maltratada moda, donde no hay vencedores ni vencidos y donde en vez de derramarse sangre se recoge la limosna que ha de enjugar tantas lágrimas!

Mucho se ha censurado esa costumbre de hacer servir a la caridad de pretexto para diversiones mundanas: no negaremos la razón a los que tal censuran y convenimos con ellos en que la moderna filantropía no practica la más bella de las virtudes cristianas cuando así procede. Pero al considerar que en medio de la indiferencia y de la trivialidad modernas aún queda este recurso para aliviar la triste suerte de tantos desdichados, no podemos menos de bendecir estas fiestas, recordando que en pocos casos tanto como en estos el fin justifica los medios.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILIVORE, DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, París.

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT

Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARÍS, y en todas las Farmacias. El **JARABE DE BRIANT** recomendado desde su principio, por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. **VERDADERO CONFITE PECTORAL**, con base de goma y de abalotes, conviene sobre todo a las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno a su eficacia contra los **RESFRIADOS** y todas las **INFLAMACIONES** del **PECHO** y de los **INTESTINOS**.

PECAS (Taches de Rousseur)

Salvado, pecas, máscara, bochorno, granos y puntos negros son destruidos en algunos días sin alterar la piel ni la salud por la maravillosa é incomparable **LECHE** del **D. H. DE SEGRÉ**. Acción segura, perfume suave, última palabra del progreso. El frasco 5 francos París; 6 fr. franco estación, contra mandato. **CASA S. JUST**, 304, rue Saint-Honoré, y en buenas perfumerías.

CEREBRINA
REMEDIO SEGURO CONTRA LAS
JAQUECAS y NEURALGIAS
Suprime los **Cólicos periódicos**
E. FOURNIER Farm. 114, Rue de Provence, y PARÍS
L. MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias
Desconfiar de las Imitaciones.

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.

Depósito en todas las Farmacias

PARÍS, 31, Rue de Selne.

Las Personas que conocen las PILDORAS DE DEHAUT DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demás purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, según sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente a volver a empezar cuantas veces sea necesario.

Jarabe Laroze

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curación de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestión y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE al Bromuro de Potasio

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazón, la epilepsia, histeria, migraña, baile de S. Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la dentición; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

Fábrica, Espediciones: J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

Jarabe de Digital de **J LABELONYE** contra las diversas Afecciones del Corazón, Hipropesias, Tosas nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.

El mas eficaz de los Ferruginos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc. **G GÉLIS & CONTÉ** Grageas al Lactato de Hierro de Aprobadas por la Academia de Medicina de París.

Bergotina y Grageas de BERGOTINA BONJEAN HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las perdidas. Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ia} de París. LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, París, y en todas las farmacias.

CARNE y QUINA

El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energico.

VINO AROUD con QUINA

Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE

CARNE y QUINA! con los elementos que entran en la composicion de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este fortificante por excelencia. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la Anemia y el Apocamiento, en las Calenturas y Convalecencias, contra las *Diarreas* y las *Afecciones del Estomago* y los *intestinos*.

Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al **Vino de Quina de Aroud**.

Por mayor, en París, en casa de J. FERRÉ, Farm. 102, r. Richelieu, Sucesor de AROUD. SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.

EXIJASE el nombre y la firma **AROUD**

VELOUTINE FAY

El mejor y mas célebre polvo de tocador

POLVO DE ARROZ EXTRA preparado con bismuto por **Ch. Fay**, perfumista 9, Rue de la Paix, PARIS

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTAÑER Y SIMÓN